PEDRO MUÑOZ SECA y PEDRO PEREZ FERNANDEZ

La perla ambarina

JUGUETE CÓMICO

EN DOS ACTOS, ORIGINAL



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1916

LA PERLA AMBARINA

LA PERLA AMBARINA

JUGUETE CÓMICO EN DOS ACTOS

original de

PEDRO MUÑOZ SECA y PEDRO PEREZ FERNANDEZ

Estrenado en el TEATRO CÓMICO el día 12 de Enero de 1916



MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.°
TELÉFONO, NÚMERO 551
1916

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
GLORIA	Srta. Prado.
DUQUESA	Sra. Sánchez Imaz.
LAURA	Castellanos.
MARGARITA	Srta. Aguila (M.)
EMILIA	Sra. Medero.
GERTRUDIS	Srta. Melchor.
RAMONA	Román.
LUZ	Aguila (J.)
FELISA	Ortiz.
SERRANO	Sr. Chicote.
DUQUE	Ripoll.
CERRILLO	Castro.
LORENZO	Aguirre.
ANTONIO	Soler.
CASCAL	Delgado.
FAUSTO	Ponzano.
DOMINGO	Ortiz.
ISAAC	Morales.
CONSUL	Peinador.
FELIPE	Bastián.



ACTO PRIMERO

Habitacion en casa de Alvaro Serrano. Pocos muebles y pobres. Puerta de entrada en el lateral izquierda, balcón en el foro y otra puerta en el lateral derecha. Sobre una mesa, en el centro de la escena, planchas y trajes para planchar. Cerca de la mesa un hornillo con fuego y más planchas. En una tabla, colgada de la pared del foro, el siguiente anuncio:

LA PLANCHA INGLESA

Taller de A. Serrano. — Perito mercantil

SE PLANCHAN TRAJES A 1 PTA. 25 CENTS.

Pago adelantado

Se habla esperanto.

Es de día. La acción en Madrid. Epoca actual.

—

(Al levantarse el telón están en escena LAURA, MARGARITA y FAUSTO. Laura, señora como de cincuenta años, está atareadísima sacándole la raya a un pantalón a fuerza de golpetazos de plancha. Más que planchar parece que apisona. Fausto, un muchachete de veinte años, tiene puesta sobre su americana otra ame-

ricana enorme, colosal, barroso-fanosesca, sobre la que descargará Margarita, con todas sus fuerzas, los ímpetus de un cepillo de raíz. Esta Margarita, hija de Laura y novia de Fausto, es una chica de diez y ocho primaveras muy floridas. Todos visten pobremente, pero denotando que hubo para ellos días mejores.)

Laura (Viendo que Fausto y Margarita cuchichean simulando rascar con la uña una manchita de la boca-manga.) ¡Niña!... ¡¡Niña!! ¡¡Margarita!! ¿Está ya limpia esa americana?

Marg. Falta la espalda, mamá.

Laura Pues aviva.

Marg. (A Fausto, disponiéndose a cepillar.) Vuélvete, monín.

Faus. (Ya de espaldas.) Escucha, rica, no te detengas mucho en el omoplato derecho, porque con el frac de ayer me lo has dejado que es un ascua. No tienes idea de lo que me escuece.

Marg. Dispensa, hijito; quien bien te quiera te hará llorar. (Cepilla con todas sus fuerzas.)

Faus. (Haciendo caras de dolor.) Bueno, si es verdad que el roce engendra el cariño, voy a terminar con camisa de fuerza.

Marg. (Golpeándole con el cepillo para quitar una mancha.) Ya estoy acabando.

Faus. ¡Que me estás golpeando en la columna, encanto, y eso no es bueno!

(Entra en escena, por la puerta de la izquierda, CERRILLO, hombre como de cincuenta años, bastante derrotado. Viene con el sombrero en la mano y trae la cabeza completamente vendada. Habla con acento lastimero.)

Cer. Buenos días.

Faus. ¡Señor Cerrillo!

Marg. ¡Tío Narciso!

Laura (Alarmada.) ¿Eh? ¿Qué es eso, hermano? ¿Qué te pasa?

Cer. (Sentándose.) Nada, no es nada: no alarmarse.

Laura ¿Pero qué significa esa venda, Narciso?

Cer. Lo de siempre, hermana. Otra felpa. Que he recibido esta mañana la paliza número treinta de este año.

Marg. (Examinándole la cabeza y arreglándole la venda.) ¡Dios mío, qué relieves!

Faus. (Examinándole también.) ¿Pero con qué objeto le han golpeado, señor Cerrillo?

Cer. Con el objeto de matarme.

Faus. Digo que con qué le han abierto la cabeza.

Cer. Con una llave inglesa de seis puas, no te digo más.

Faus. Alguna discusión, ¿no?

Cer. No es por ahí, joven.

Marg. (Arreglándole la venda.) Algún negocio de la tía Gloria, como si lo viera.

Laura Ahí le duele.

Cer. Ahí me duele, es verdad, no aprietes, hija mía. (Suspira.) Tengo una mujer que.. ¿Anda por ahí tu marido?

Laura No; puedes hablar con entera franqueza.

Cer. Lo preguntaba porque como mi Gloria y tu Alvaro tienen ahora negocios en común...

Laura Así nos luce el pelo. ¡Buen sinvergüenza está mi Alvaro!

Faus. ¡Pues anda, que mi Gloria! Y no es que mi mujer no sea honesta y decente, joven; (A Fausto.) bajo ese aspecto carece de rival, pero es una criatura peligrosísima. Tiene una imaginación portentosa y no se para en barras. Resuelve un conflicto económico en el canto de un naipe. ¿Que hacen falta en casa cien pesetas? Bueno, pues yo no tengo que preocuparme.

Faus. Caray, qué ganga.

Cer. Hace números, multiplica, divide, escribe una carta, se viste... ¡Eso sí! se viste, que la de Solferino a su lado, es una «nurse» venida a menos, y sale a la calle, que vamos, los guardias la saludan. Bueno, pues a la media hora... ¡paf, paf! Un automóvil. ¡Ella es! Entra radiante. ¡Cerrillo—me dice—he hecho un negocio: ya están aquí los veinte duros, prepárate!...

Faus. ¿Prepárate a qué?

Cer. ¿A qué? Joven, después de un negocio de estos, ya se sabe; salgo de casa y el aire me huele a tortas. Un sabor de bofetadas se masca en el ambiente; un nublado de mamporros se cierne sobre mi cabeza, y al cabo, me llueven que es una delicia; no sé cómo, ni por dónde, pero me llueven. Treinta palizas llevo en lo que va de año. ¡Treinta! No quie-

ro más; me planto. La treinta y una que se la den a tu marido.

Laura Ojalá, a ver si así escarmentaba.

Marg. (Reconviniéndola.) ¡Mamá!

Cer. Vengo a refugiarme en esta casa; me amenaza un peligro inminente. Gloria me ha dicho hace un instante que tenía a la vista un negocio de mil pesetas: lo hará, y si la paliza corresponde a la cantidad, me veo entre cuatro blandones, y eso no; me divorcio; rompo los lazos. A mí no vuelve a zumbarme nadie.

Laura (Que ha puesto en una silla al balcón, el pantalón recién planchado, mira a la calle y dice muy nerviosa.)

Laura ¡Serrano! ¡Ahí está Serrano!

Cer. ¿Tu marido?

Laura ¡No; el otro!

Marg. ¡Ay, Dios mío! (A Fausto.) Entra en ese cuarto.

Faus. ¡Pero!

Laura Quítate de enmedio, Narciso.

Cer. ¿También yo?

Marg. ¡Pronto!

Laura ¡Corre!

Faus. ¡Caray! (Hace mutis por la puerta de la derecha.)

Cer. (Olfateando.) Me huele el aire a tortas. (Mutis tras Fausto.)

Marg. Yo también me voy.

Laura No; si me encuentra siempre sola, llegará a sospechar.

Marg. Pero...

Laura Creerá que eres una oficiala. No te preocupes...

Marg. Sea lo que Dios quiera.

Laura ¡Plancha!

Marg. ¿No es?

Laura Digo que planches. (Planchan las dos.)

(Un instante de pausa y de pronto se abre muy rápidamente la puerte de la izquierda, asoma la cabeza ANTONIO SERRANO, escudriña la habitación con la mirada, hace un gesto de contrariedad y tranquila, reposadamente, entra en escena. Este Antonio Serrano es un tío ordinario, musculoso, fuerte y con cara de pocos amigos.)

Ant. ¡Cuándo querrá Dios que yo me tope en esta casa con un hombre.

Laura Ya se le dijo ayer, señor Serrano, que el señor Serrano, mi marido, estaba ausente.

Ant. El señor Serrano ya cairá, pero en el interín desearía yo encontrar en este taller un pariente, un amigo, un deudo del susodicho, para entrenarme. (Se remanga los puños y enarbola una garrota que trae. Fijándose en Margarita.) ¿Aquí la joven es nueva?

Laura Sí, señor.

Ant. ¿Y conoce el aquel de mi visita?

Laura No creo que le interese.

Ant. Por si acaso. Con permiso. (Se sienta frente a Margarita.) Joven.

Marg. Mande usted.

Ant. Para su debida lustración y cultura, deseo que conozca la siguiente tragedia representable. Título «Ya cairás». Protagonistas: Antonio Serrano, campeón de greco-romana y servidor de usted, y Alvaro Serrano, perito mercachifle y sinvergüenza de profesión.

Laura Bueno, pero aquí a la oficiala...

Ant. Usted se calla. (A Margariia.) Acto primero. El estanque del Retiro. Una mamuasela, un petite y un servidor. El petite se encarama, se desequilibra y cae al estanque. Un servidor, que leía *La Mañana*, tira el periódico, se arroja al agua y extrae con vida al infeliz impúber. Se me rodea, se me vitorea, se me pregunta mi gracia, yo digo que A. Serrano y desaparezco por el foro hecho un pingo. Consecuencias agradables: Un comunicado en el *A B C* del padre del adolescente, encareciendo se le presentase el A. Serrano para gratificarle con quinientas pesetas. Consecuencias desagradables: un traje de sesenta pesetas encogido, una mañana perdida y un lumbago. Acto segundo. A. Serrano, convaleciente, se presenta en casa del padre del caído para hacer efectivas las quinientas del ala y queda en ridículo, porque resulta que otro A. Serrano se le había adelantado y había recibido las pesetas. Acto tercero. El A. Serrano suplantado busca al A. Serrano suplantador para patearle el colodrillo. Epí-

logo, aún por escribir: un cadáver y este taller de plancha que se cierra por defunción. ¿Qué le parece la obra, joven?

Marg. ¿Tiene música?

Ant. (Levantándose.) ¿Decía usted?

Marg. Que si tiene música.

Laura (A Margarita.) Tú te callas.

Ant. Déjela, que a mí una mordacidad femenina no me excita. Héme levantado porque voime. Lo que deseo, repito, es darme de bruces con el señor Serrano o encontrar en esta casa a un varón que le represente. Todo llegará: ya cairá. Beso a ustedes. (Se inclina, saluda y vase por la puerta de la izquierda.)

Laura ¿Te atreverás ahora a defender al sinvergüenza de tu padre?

Marg. Sí; estas son cosas de la tía Gloria. Papá no es capaz de hacer semejante disparate.

Faus. (Asomando la cabeza por la puerta de la derecha.) ¿Se fué Echegaray? (Entra.)

Cer. (Entrando.) ¡Cuando yo decía que me olía el aire a tortas!... ¡No; si tengo un olfato! (Poniéndose el sombrero.) Quedarse con Dios.

Marg. ¡Tío!

Laura ¿Pero no venías a quedarte con nosotros?

Cer. Vamos, quita. Después de lo oído ¡al instante! Conmigo no se entrena ese gachó. Me han ofrecido una colocación de escribiente en casa de un Duque y voy a presentarme. Salud.

Marg. ¡Pero, tío!

Cer. (Olfateando.) Nada, se me enrarece el aire. Salud. (Se va por la puerta de la izquierda.)

Faus. ¡Pero, señor Cerrillo!...

Laura Dejarlo: hace bien. Nosotras tendremos que hacer lo mismo para no dar con nuestros huesos en la cárcel.

Faus. ¡Por Dios, señora!

Laura ¿Cree usted que no? Usted no sabe lo que ocurre en esta casa, Fausto; mi señor esposo a quien usted encuentra tan bonachón, tan acorderado, desde que anda en negocios con Gloria es el más perfecto de los sinvergüenzas. Vea usted. (Descuelga la tabla anunciadora del taller de plancha, la cuelga del revés y aparece el siguiente letrero:)

LAS SIETE LLAVES

GUARDAMUEBLES HIGIÉNICO

LIMPIEZA. — ESMERO. — ECONOMÍA.

Faus. ¿Un guardamuebles aquí? ¿Qué significa esto, doña Laura?

Marg. Pues esto significa, que de cuando en cuando, papá fija ese anuncio, acude algún desgraciado que tiene que ausentarse, alquila las habitaciones vacías, que siempre son esas dos, (Por la derecha.) guarda en ella sus bártulos, se ausenta y al día siguiente papá saca los susodichos bártulos, los vende, y encima continúa cobrándole el guardamuebles, para que no sospeche.

Faus. ¡Caray, qué frescura! Pero eso es un delito gravísimo. Si alguno de esos desgraciados regresa a Madrid...

Marg. Menos mal, que papá se cartea con todos ellos, para estar prevenido...

Faus. No importa: os veo en presidio.

Marg. ¡Fausto!

Laura (A Margarita.) ¿Lo estás oyendo? Esta misma tarde nos vamos a casa de mi prima.

Marg. ¡Por Dios, mamá!

Laura Esta misma tarde.

Faus. (Releyendo el anuncio.) Bueno, ¿y por qué le llamará guardamuebles higiénico?

Marg. Como no sea por lo bien que ventila los muebles.

Faus. ¡Señores, qué nevera de hombre! (Llaman a la puerta.) ¡Va!

Laura Niña, vuelve ese anuncio. (Margarita obedece.) Abra usted, Fausto, y usted perdone.

Faus. ¡Por Dios, señora! (Abre la puerta de la izquierda y entra DOMINGO, lacayo de chistera y media bota.

Conduce dos trajes negros, uno de chaquet y otro de americana.)

Dom. Buenas tardes, señora Laura.

Laura Hola, Domingo.

Marg. Hola, ¿tú por aquí?

Laura ¿Qué te trae?

Dom. El gusto de saludarla y de traerle parroquia.

Marg. ¿Dónde estás ahora?

Dom. ¡Puf! En casa de unos duques neurasténicos que tienen la mar de gracia. Abajo los he dejao en el coche. Voy a decirles que suban.

Laura ¿Saben el precio?

Dom. Tape usted los numeritos esos. Me hase usted un recibo de cinco pesetas, le doy a usted quince reales en lugar de diez y el sol sale pa to el mundo.

Faus. ¡Vaya un peine! ¡Hasta luego!

Dom. ¡Ah, seguirle la corriente a la señora Duquesa!

Marg. ¿Pero está loca?

Dom. Casi. Aquella casa es un belén. La señora lleva cuatro años de casada sin tener hijos y l'ha dao el histérico por desear un rorro y el señor Duque se pasa el día haciendo gimnasia. Le han dicho a la señora que los que son muy fuertes, tienen los hijos a porrillo y obliga al señó a hasé una de ejercicio que súa uno na más que de verlo. Tiene agujetas hasta en el título. ¡Josú, un cuadrito bordao! (Por un cuadro que pende de la pared del foro.)

Marg. ¿Y qué?

Dom. Na, que a la Duquesa le da también por coleccioná bordaos, y ya tienen ustedes palique pa rato. ¡Neurastenia! Voy a... (En este momento entran por la puerta de la izquierda el DUQUE y la DUQUESA. Ambos son jóvenes y de una elegancia ultra tamamesca. El Duque gasta barba cuadrada y usa lentes redondos de concha.)

Duq.ª (De mal talante.) ¿En qué quedamos, es aquí o no es aquí, Domingo?

Dom. (¡Me cogió!) Aquí, señora Duquesa. Ya iba yo pa abajo, solo que ajustando er precio, me entretuve una mijita.

Duque (Entrando.) El precio es lo de menos. Buenas tardes.

Todos (Muy reverenciosos.) Buenas tardes.

Laura ¿Desean tomar asiento? (Ofreciendo sillas.)

Duque Yo sí. (Sentándose y quejándose en distintos tonos.) ¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ay!... (Estirando los pies y dejando caer los brazos.) ¡¡¡Ay!!! (Este último quejido profundamente estomacal.)

Duq.ª (Reconviniéndole.) ¡Por Dios, Braulio!

Duque (A Domingo.) ¿Le has dicho lo de la raya?

Dom. Sí, señó. (A Laura.) ¡Ah, sí! que al pantalón del chaquet, no hay que señalarlo. Al del otro traje que es de pelo, sáquele usté la raya.

Laura Está muy bien.

Duque A ver si encuentro por fin quien me planche la ropa a mi gusto. Los sastres no hacen más que lo que les da la gana y no paso por ello, y eso que mi sastre es Lacuz.

Laura Aquí haremos lo que guste el señor Duque.

Duque Conmigo puede usted tener una renta. Como hago muchas flexiones de piernas... ¡Ay! (Encoge las piernas.) y de brazos... ¡Ay! arrugo mucho la ropa.

Dom. (Bardaíto está.)

Duq.ª (Que ha estado examinando a través de sus impertinentes a todo el personal.) ¿Son hijos de usted?

Laura (Por Margarita.) Esta nada más.

Duq.ª Muy monina. ¿Tardó usted mucho en tenerla?

Laura Treinta y dos horas.

Duq.ª Digo a partir de su casamiento.

Laura ¡Ah! Pues unos siete años.

Duq.ª ¡Siete años, Braulio!

Duque Ya ves, siete años, Marcela. Tu desaliento no se justifica. Tú llevas cuatro nada más.

Duq.ª Tienes razón. (A Laura.) Cuénteme, cuénteme detalles, si no la molesta.

Laura ¡Por Dios, señora!

Dom. (¡La manía de siempre!)

Duq.ª ¿Dice usted que hasta los siete años?...

Laura Sí, señora. Mire usted, yo me puse en relaciones con el que hoy es mi marido, aquí en Madrid, pero tuve que irme con mis padres a Filipinas y como yo estaba por él ciega, en cuanto llegué a Manila, me casé por poder.

Duq.ª ¡Ya!

Laura — Y en Manila estuve seis años. Por fin vine, encontré a mi marido, y a los nueve meses me nació esta Margarita.

Duq.ª — (Tristemente.) Ya lo oyes, Braulio. No fué a los siete años; fué a los nueve meses.

Duque — (Molesto.) Sí, Marcela, sí; lo fisiológico.

Duq.ª — ¡Ay de mí!

Duque — (Levantándose.) ¡Ay, ay, ay!... No te entristezcas: vámonos. Luego Domingo vendrá a recoger los trajes. ¿Cuánto importa el planchado?

Laura — Pues...

Dom. — Siete cincuenta, señor.

Duque — Bien, muy bien.

Duq.ª — (Calados los impertinentes y ante un cuadro bordado en cáñamo que representa una especie de perro.) ¡Braulio!

Duque — ¿Qué, Marcela?

Duq.ª — Mira.

Duque — ¡Oh! Entiendo poco de bordados, pero ¡oh!

Laura — ¿Le gusta, señora?

Duq.ª — Mucho. Soy una entusiasta de los bordados. Domingo, descuelgue usted el cuadro... (A Laura.) Si es que usted lo permite.

Laura — Con mucho gusto, señora.

Duq.ª — Gracias. (Domingo descuelga el cuadro y lo presenta a la Duquesa.) ¡Oh! Un león. ¿Ves, Braulio?

Laura — Es tigre.

Duq.ª — Es verdad: es tigre, Braulio.

Duque — Se ve, Marcela.

Laura — Quiero decir que es un perro pachón que se llamaba Tigre.

Duque — Se ve, se ve: tigre, parece un león, pero es un perro.

Duq.ª — Y está bordado en lana, ¿no?

Laura — Sí, señora, Sobre tela Penélope.

Duq.ª — Muy lindo. ¿Ves, Braulio? La tela es Penélope y el perro es de lana.

Duque — La señora ha dicho que pachón.

Duq.ª — Sí, hombre, pachón, pero de lana.

Duque — (Sin comprender.) Como tú quieras.

Duq.ª — No haría mal en mi colección, ¿verdad?

Duque — No, no haría mal.

Laura — Lo bordó mi hija.

Duq.ª — ¡Oh! Es una artista: una gran artista.

Marg. — Muchas gracias.

Duq.ª Tendré gusto en adquirir este bordado y en enseñar a esta joven mi colección. Dame una tarjeta, Braulio.

Duque (Dándole una tarjeta.) Toma, Marcela.

Duq.ª Pueden pasar por casa cuando gusten; desde las cuatro estoy todos los días.

Laura Está muy bien, señora, muchas gracias. Esta misma tarde iremós.

Duq.ª Perfectamente. Buenas tardes.

Duque Adiós.

Laura (Rendidísima.) Adiós, señora Duquesa... Adiós, señor Duque...

Marg. Para servir a ustedes.

Faus. (Partiéndose la cintura.) Buenísimas tardes. (Se van por la izquierda, el Duque, la Duquesa y Domingo.)

Marg. (Muy contenta.) ¿Ve usted, madre? Dios aprieta, pero no ahoga. Esta misma tarde nos plantamos allí.

Laura Ya lo creo. A lo mejor nos da veinte duros por ese chucho.

Faus. Toma: esa gente caprichosa es capaz de todo.

Marg. ¿Y por qué dijo usted que lo había bordado yo?

Laura Mujer, por florearte.

Faus. Ah, ¿pero no lo has bordado tú?

Marg. Quita, hombre. Este cuadro y veinte más, con un animal distinto, los trajo al guardamuebles una maestra de escuela que se marchó a Canarias.

Faus. (Examinando el cuadro.) Ya.

Marg. Papá vendió los otros cuadros y éste, no sé por qué no lo ha vendido.

Faus. Esto no parece un perro, Margarita.

Marg. ¿No?

Faus. (Volviendo el cuadro y leyendo en el reverso.) «Historia natural: Número 17. Oso polar.» Señora, esto es un oso.

Laura Está usted fresco.

Faus. El que está fresco es él, porque es polar; pero es un oso: aquí lo dice.

Laura Bueno, haga usted el favor de borrar ese letrero y no hay que ocuparse más de este asunto.

Faus. Sí, señora. (Con un carbón borra el letrero.)

Laura — Niña: vé cepillando esos dos trajes, mientras yo plancho el de don Lorenzo el del gimnasio, que ya ha mandado tres veces por él y es hombre de muy malas pulgas. (Comienza a buscar el traje por todas partes.) ¿Lo has quitado tú de aquí?

Marg. — No, señora.

Laura — Pues no está.

Marg. — ¡Mamá, por Dios!

Laura — Que no está. ¿Has dejado tú solo el taller mientras yo salí a primera hora?

Marg. — No: es decir, sí, un momento, pero estaba aquí papá.

Laura — Nada: el traje no está en el obrador y allá dentro no hay ropa ninguna.

Marg. — ¡María Santísima!

Faus. — Pues es un compromiso, porque el tal don Lorenzo es bruto donde los haya.

Laura — ¡Ay, San Antonio bendito, que el traje no está! ¡Ay, que lo veo todo de color tango! (Sentándose mareada.)

Marg. — ¡Mamá!

Laura — Es que ha dicho que iba a venir a las dos en punto a recogerlo.

(Suenan dentro dos campanadas.)

Faus. — ¡Mi abuela!

Marg. — ¡Las dos!

(Llaman a la puerta con los nudillos.)

Laura — ¡La fiera!

Marg. — ¡Jesús!

Faus. — ¡Atiza!

Marg. — ¡Fausto!

Faus. — ¡Silencio! Aquí estoy yo.

Laura — ¿Eh?

Faus. — Digo que aquí estoy yo comprometidísimo. No hay que abrir bajo ningún concepto.

Ser. — (Cantando dentro.)

Abreme la puerta
porque estoy a oscuras
y no veo el ojo
de la cerradura.

Marg. — (Muy contenta.) ¡Papá! Es papá.

Laura — Menos mal. Abre, hija, abre.

(Margarita abre la puerta de la izquierda y entra en escena DON ALVARO SERRANO, un señor como de cincuenta años, raídamente vestido. Trae tres o cuatro

paquetes que huelen a tienda de comestibles. Este señor Serrano es un hombre, mirado, educado, reposado, un tanto irresoluto. Su aspecto es de buenístma persona, casi un infeliz. No es un fresco, ni muchísimo menos.)

Ser. Buenas tardes. Hola, Faustito.

Faus. Venga usted con Dios, señor Serrano.

Marg. (Por los paquetes.) ¿Qué traes, papá?

Ser. Nada, unas viandas que... Poca cosa: pasé por la tienda y... nada. Como hoy no teníamos qué comer, he comprado...

Laura ¿Tú? ¿Comprar, tú? ¡Dios mío, que no sea verdad lo que estoy pensando! (A Serrano.) ¿De dónde has sacado el dinero? Habla. Contesta.

Ser. ¡Laura!

Laura Contesta.

Ser. No me preguntes. Come e ignora. Hay derecho a la vida.

Laura (Después de mirarle frente a frente.) Dame la papeleta.

Ser. ¿Eh?

Laura (Imperiosa.) ¡Dame la papeleta!

Ser. (Sumiso.) Toma. (Le da una papeleta de empeño.)

Laura No me equivoqué. (Leyendo.) Traje avellana... diez pesetas...

Ser. Siete en viandas y tres en metálico. Toma. (Le da tres pesetas.)

Laura ¿Qué has hecho, Serrano? ¡Has empeñado el traje de don Lorenzo!

Ser. A su nombre; no me gustan las estafas, Laura. Había que comer. Era el único que tenía prendido con un papelito el nombre de su dueño: Lorenzo Bordón. Tuve un arranque y...

Marg. ¡Dios mío! ¿Pero tú sabes quién es ese hombre, papá?

Ser. ¿Bordón?... Me suena, pero no sé, no caigo.

Marg. Es el maestro de gimnasia de ahí al lado.

Ser. (Con las carnes abiertas.) ¿El masagista? ¿Ese que da masage ruso?

Faus. Sí, señor, ese.

Ser. Todo afeitado, con mosca negra...

Faus. El mismo.

Ser. Me la he buscado. (A Margarita.) Prepara pronto el almuerzo que tengo que ausentarme.

Laura — Quiá; tú no sales de aquí. Cuando hay que dar la cara se da la cara. Aquí tienes la papeleta. (La coloca sobre la mesa.) Allá tú. (A Margarita.) Niña, vamos para allá dentro; lo mismo puedes cepillar allí que aquí. (Coge la ropa del Duque.) Y tráete esos cartuchos: ya que el mal está hecho, comeremos. (Haciendo mutis.) Como don Lorenzo venga de malas, esta tarde me quedo viuda... gracias a Dios. (Se va por la derecha.)

Ser. — (A Margarita.) He tenido un arranque, que yo califico de heróico, y ya ves lo que me lo agradecen.

Marg. — (Bajo a Serrano.) Esta tarde vamos a tener dinero: todo se arreglará. (Inicia el mutis.)

Ser. — Así sea. Escucha. ¿Ha venido alguien?

Marg. — El otro Serrano. (Serrano tuerce el gesto.) ¡Ah! Debajo de la piedra tienes un continental. (Vase con las viandas por la derecha.)

Ser. — (Cogiendo el continental, que estará bajo una piedra de mármol que sirve a Laura para poner las planchas. Examinando el sobre.) La letra es de Gloria, sí... (Abre el sobre rápidamente y saca un recorte de un periódico.) ¿Cómo? ¿Ni dos renglones? Es extraño. (Registrándose.) ¿Dónde he puesto yo los quevedos? A ver, pollo, ¿tiene la bondad de leerme este recorte?

Faus. — Con mucho gusto, señor Serrano. (Toma el recorte y lee.) «Herencia original. En Gagua, provincia de Gracias, de la república de Honduras...»

Ser. — ¿Cómo dice?

Faus. — (Leyendo más despacio.) «En Gagua, provincia de Gracias, de la república de Honduras, falleció hace unos meses el opulento madrileño, don Simón Jordán, en cuyo poder se encontraba la famosa Perla ambarina, extraída del Tígris por Cus, hijo de Can, y que Nabopolasar, padre de Nabucodonosor, cedió a Tiro el año 626, antes de jota ce.»

Ser. — Vaya una manera de ceder las cosas: a tiros.

Faus. — Es que Tiro era una ciudad.

Ser. — Tiene usted razón; retiro lo dicho: continúe.

Faus. — (Leyendo.) «Dicha perla, valuada en un millón de pesos oro, ha sido legada por el

difunto a sus sobrinos los Duques de Catanela. La única albacea del señor Jordán, la ilustre escritora hondurense, doña Luz de Vivar, y el notario de Gracias, don Isaac Castaño, portadores de la valiosísima alhaja, están próximos a desembarcar en Vigo, desde donde vendrán a Madrid a cumplir las formalidades de la entrega.»

Ser. ¿Eso es todo?

Faus. Sí, señor.

Ser. Pues no comprendo. Acaso en lugar del anverso hemos leído el reverso. Vuelva usted el papel y lea si no le molesta.

Faus. Con mucho gusto (Vuelve el papel y lee) «Segundo, cárdeno, atiende por do...» (Dejando de leer.) Están cortados los renglones, señor don Alvaro.

Ser. No importa: continúe.

Faus. (Leyendo.) «Atiende por do... El público aplaude su hermosa lá... Se abre de capa el Gallo y da primero un re... sigue con cuatro verónicas y acaba con un fa...»

Ser. Eso es un solfeo.

(Llaman a la puerta.)

Faus. (Para solfeo el que se avecina.) Tome usted. (Le da el papel.)

Ser. ¿Qué pasa?

Faus. Que ese que ha llamade debe ser el del traje. (Vuelve a llamar.) Y trae prisa.

Ser. ¡Caray!

Faus. Usted verá.

Ser. El que lo va a ver es usted, Faustito, porque yo no voy a tener tiempo. Válgame Dios: no se me ocurre nada. Si estuviese aquí mi cuñada Gloria...

Emi. (Dentro.) ¿Pero es que no hay nadie?

Faus. ¡Es una mujer!

Ser. (Respirando.) Vamos, hombre. Es usted capaz de asustar a un grupo escultórico. Menudo rato me ha hecho usted pasar. Abra usted, hombre, abra usted.

(Fausto abre la puerta de la izquierda y entra EMILIA, doméstica, en traje de mecánica.)

Emi. Aquí estoy yo otra vez.

Ser. ¿Cómo otra vez?

Emi. De parte de don Lorenzo Bordón, que me

den ustedes su traje, tal y como esté, planchado o sin planchar, porque si no se planta aquí y hace un escarmiento. Conque venga.

Ser. (¡No se me ocurre nada!)

Emi. Está por causa de ustedes que coge el cielo con las manos. ¡Qué genio de hombre!

Ser. (Temeroso.) Tiene genio, ¿eh?

Emi. Tanto como fuerza, que es cuanto se puede decir.

Ser. Pues de fuerza, creo que... ¿eh? Creo que...

Emi. ¡Anda! Sin querer hace daño, no le digo a usted más. Cada vez que se compra un sombrero tiene que pagar seis o siete, porque como le estén pequeños, al probárselo hace así... (Como si se pusiera un sombrero.) y separa el ala de la copa.

Ser. ¡Caray!

Emi. Y es que él no se hace cargo de la fuerza que tiene; ayer estaba enfadado, por causa de lo del traje, precisamente, llamó al timbre y con qué fuerza no apretaría el botón que metió todo el dedo en la pared.

Ser. (Lívido.) ¡Faustito!

Faus. Definitivo, señor Serrano.

Emi. Como que no puede usar paraguas, porque al abrirlo se distrae, hace así... (Acción de abrir un paraguas.) y se queda con el palo en una mano y con el varillaje en la otra. A mí es que me da miedo. Conque haga usted el favor de darme el traje.

Ser. Sí señora: tome usted. (Hay que parar el golpe). Aquí tiene. (Le da un traje cualquiera.) Pantalón, chaleco y americana.

Emi. ¿Es este?

Ser. Ese, sí, señora, ese. ¡Ah! Tome usted, dele usted este chaleco blanco de... propina. (Le da un chaleco blanco.)

Emi. Está muy bien. No sabe usted lo tranquila que me voy, porque, se lo digo a usted con franqueza, me daba miedo volver sin el traje. Ea; queden ustedes con Dios.

Ser. Vaya usted con Dios.

Faus. Buenas tardes. (Se va Emilia por la izquierda.)

Ser. Sea lo que Dios quiera.

Faus. ¿Pero qué ha hecho usted, don Alvaro?

Ser. No sé, Faustito; parar el golpe. No se me ocurría nada; he sentido miedo. Luego veré a Gloria mi cuñada y Gloria sabrá sacarme del atolladero. Yo, lo confieso, me ofusco, no veo claro; ella en cambio ¡qué cerebro, Fausto, qué cerebro! Es capaz de todo. Como Josué, pararía el sol; como David, mataría a Goliat. Esfuerte, es grande, es única. Confieso que me embauca, me aturde, me deslumbra; que acaso algún día llegue a comprometerme, pero tengo que reconocer que es un genio, ¡un genio!

Gloria (Dentro, cantando.)
Toreador, la ran, la ran, la ran.
Toreador... Toreador...

Ser. ¡Ella!

Faus. (¡Atiza!)

Gloria (Por la izquierda.) Felices.

Ser. ¡Gloria! (Esta Gloria es una señora muy despejada, muy simpática, casi de buen tipo y casi elegante. Habla precipitada, impetuosamente. Viene de sombrero.) ¿Tú aquí?

Gloria Sí, aquí y jubilosa, radiante; como Arquímedes cuando descubrió aquello de... todo cuerpo que se sumerge en el agua... ¡hum... no sé! Bueno, se moja. No divaguemos: Serrano amigo, he descubierto un mundo. (Por Fausto, aparte a Serrano.) ¿Este pollo?...

Ser. (Aparte a Gloria.) La última percha.

Gloria (Idem.) Necesito que este pollo ahueque el ala.

Ser. Faustito, si tuviera usted la amabilidad... de.. de decir a mi esposa que quiero la tortilla con jamón.

Faus. Sí, señor, con mucho gusto.

Ser. Gracias.

Faus. (Haciendo mutis por la derecha.) ¿Qué habrá descubierto esta trapisondista? (Vase.)

Gloria ¿Qué es eso, Serrano? ¿Jamón en tu casa?

Ser. Ya te explicaré, pero habla que me tienes en el aire.

Gloria ¿Te han dadc un continental?

Ser. Me han dado un recorte.

Gloria ¿Y qué?

Ser. Si he de serte franco... ni agua.

Gloria ¿Te has empapado bien?

Ser. ¿No te digo que ni agua?

Gloria ¡Miope! Tienes un cerebro impermeable. ¿Sabes donde vive el Duque de Catanela, heredero de la famosa perla ambarina?

Ser. No.

Gloria Castellana, 302, triplicado. ¿Sabes dónde están la perla, el notario y la albacea?

Ser. No.

Gloria Présbita: aquí. (Sacando una bola de ambar del bolso.) ¡La perla! (Dejando caer una mano sobre el hombro de Serrano.) ¡El notario! Servidora, la albacea. (Por la perla.) ¿Qué te parece el tamaño?

Ser. (Boquiabierto.) ¡Chica!

Gloria ¿Chica dices?

Ser. Es exclamación.

Gloria ¡Ah! (Sacando del bolso un pliego de papel y leyendo.) «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.»

Ser. Gloria, por tu madre, no me aturdas.

Gloria Lee.

Ser. «Yo, don Simón Jordán, mayor de edad, etcétera etc., ante don Isaac Castaño, notario y doña Luz de Vivar, mi albacea y testigos que abajo se citan, declaro es voluntad mía que a mi óbito...»

Gloria ¡Qué carácter documental tiene este vocablo!...

Ser. «Que a mi óbito entreguen dichos señores a mis sobrinos, los Duques de Catanela, la famosa perla ambarina que obra en mi poder, siendo de cuenta de los expresados Duques, los gastos de viáticos de los portadores testamentarios, amén de dos mil pesetas...» ¿Eh? (Subrayándolo mucho.) «Amén de dos mil pesetas, que estos señores invertirán en sufragios para mi alma. En Gagua, Gracias, a tantos de tantos...»

Gloria Hay un sello raro, una firma garabatesca, la suya; otra borrosa, la tuya; otra ilegible, la mía; otra que da fe de la suya, la tuya y la mía, pero que es más ilegible que la mía, la tuya y la suya, tres firmas más, una póliza, un borrón y una cruz. Es copia. (Entrega al asombrado Serrano el papel y pasea satisfecha.)

Ser. (Perplejo.) ¡Una cruz... Castaño... la perla... el viático, el Espíritu Santo!... ¡Caray, Gloria, que me congestionas, que me vuelves loco!

Gloria (Amabilísima.) Pero es posible, Serrano de mi alma, Serrano de mi vida... (A un gesto de Serrano.) Perdona, chico, pero es que tienes un apellido que es un piropo. ¿Es posible que aún no hayas comprendido?

Ser. Déjame reflexionar, caray. De manera que el periódico dice... Y como el notario y la albacea no han llegado aún... Nos presentamos nosotros y este es el testamento .. y...

Gloria ¡Acabaras, hombre! ¡Gracias a Dios!

Ser. Bueno, pero ¿y la perla?

Gloria (Mostrándosela.) ¿No la ves?

Ser. Vamos, mujer: eso es una cuenta de cristal, se ve a cien leguas. ¿Cómo se van a tragar lo de la perla?

Gloria No, si el que se va a tragar la perla vas a ser tú.

Ser. ¿Eh?

Gloria Tú sabes, querido Serrano, que los verdaderos peritos, aprecian la bondad de las perlas tocándolas con los dientes. Pues aquí de mi plan, que es más vasto de lo que tú te imaginas. Llegamos, hablamos, embaucamos, tiro de perla, la muestro a distancia, canto sus excelencias, tú la tomas, la tocas con los dientes, yo te doy un cariñoso metido en la boca del estómago y tú... ¡Ah! simulas que te la tragas y a otra cosa.

Ser. ¡Gloria!

Gloria No me digas que no; tú sabes escamotear muy bien. Es imprescindible, porque si ellos tocan la perla salimos por un balcón.

Ser. Pero...

Gloria Y de ese otro modo, convertido tú en estuche de la valiosa joya, permaneceremos en la casa por lo menos veinticuatro horas, y excuso decirte lo que sacaremos además de los viáticos y sufragios.

Ser. Bueno, pero ¿y luego?

Gloria Todo está previsto en mi plan. Si tienes fe en mí, decídete. Llevas el cincuenta por ciento.

Ser. Pues bien, sí, sea, creo en ti.

Gloria Eres un hombre, Serrano. Si mi marido fuera como tú, el mundo era mío. No perdamos tiempo: ensayemos. (Toma la perla y como si estuviera en presencia de los Duques, dice con acento americanísimo.) ¡Ejem!... Perlas finas, habrá señó, pero como esta ¿sabe? no se atribule el amigo que no la verá ni en la parte vieja, ni en la parte nueva, ni en la novísima parte del globo, caramba. ¿Verdá, Castaño? Diga.

Ser. (Tomando la perla y hablando también con exagerado americanismo.) Señó, digo lo que aquí, (Por Gloria.) eso é. Al contacto dental se aprecia su finura y su resistencia mágica, su dureza, su való... (A Gloria.) Atízame, tú. (Como antes.) Se aprieta, señó... (Se pone la perla entre los dientes.)

Gloria Je je... (Dándole un puñetazo en la barriga.) No se la vaya a comé... ¡amigaso!

Ser. (Haciendo grandes aspavimentos,) ¡Ah!... ¡ay!... ¡Me la he tragado! ¡Agua! (Hipando.) Hip... hip... (Se deja caer en una silla.)

Gloria ¡¡Hurra!!

Ser. (Apuradísimo.) ¡Agua!

Gloria (Preocupada) ¡Reglotis!

Ser. ¡¡Gloria!!

Gloria (Apurada.) ¡Mi madre! (Aporreándole el cogote.) ¡San Blas! ¡Que se ahoga! Que se ha tragado la cuenta de verdad.

Ser. (Como antes.) ¡Agua!

Gloria (Tomando una botella de las que trajo Serrano y aplicándosela a los labios.) Vino, da igual. ¡Bebe! (Serrano bebe tranquilamente.) ¿Qué tal?

Ser. ¡Riquisimo!

Gloria ¿Pasa la cuenta?

Ser. Sí, pero no se la pago.

Gloria Digo la perla.

Ser. (Abriendo la mamo.) Pero si la perla está aquí.

Gloria (Cogiendo la botella.) Bueno, te mataba. ¡Jesús! me has dejado sin gota. (Por la botella.) Pero que sin gota.

Ser. ¿Sirvo?

Gloria Como que le vas a meter un susto a los Duques de Catanela que los estoy viendo aspirando éter sulfúrico.

Ser. Ea, pues vamos.

Gloria Calma.

Ser. No hay tiempo que perder, Gloria. No estoy muy seguro en mi casa.

Gloria ¿Aún colea ese bestia de Serrano?

Ser. No es eso solo; es que esta mañana he pignorado un traje de un tal Bordón, gimnasta, masagista y hércules, todo en una pieza, y temo un cataclismo.

Gloria Conozco al pájaro: es hombre de cuidado, pero aquí estoy yo; no temas. Antes de ir a casa de los Duques tenemos que hablar: venimos de Honduras. ¿Tú sabes algo de Honduras?

Ser. Yo no, pero compramos nna geografía de paso y listo.

Gloria Solucionado: a otra cosa. Con esa indumentaria no tienes carácter notarial.

Ser. Es verdad.

Gloria ¿Tienes chistera?

Ser. Muy anticuada.

Gloria Póntela.

Ser. Bueno. (Sacando de una cartonera, que habrá en una alacena una chistera rarísima) Me van a tirar piedras por la calle, te lo advierto. (Se la pone.)

Gloria En Honduras se estilan así. Ponte la levita.

Ser. Estás tú fresca.

Gloria ¿Eh?

Ser. Que no tengo, mujer. Ayer mientras me cepillaron esta ropa, tuve que envolverme en una sábana. (Por la derecha entran en escena LAURA, MARGARITA y FAUSTO. Margarita trae el chaquet del Duque.)

Laura Plancha primero el chaquet.

Ser. ¡Un chaquet!

Gloria ¡Hola, Laurita!

Laura (Asperamente, sin mirarla.) Buenas tardes.

Marg. Hola tía. (A Serrano.) ¡Anda, de copa!

Ser. (Cogiendo el chaquet.) Copo.

Marg. ¿Eh?

Ser. (Quitándose la americana.) Aguarda un instante.

Laura ¿Pero qué haces?

Ser. (Poniéndose el chaquet.) ¿Qué tal?

Gloria Tamamesco; menudo corte tiene el chaquet.

Ser. ¿Dónde?

Gloria Digo que te cae de primera.

Ser. Ea, pues listo; vámonos. Hasta mañana.

Gloria — Allons.

Marg. — ¿Eh? ¿Que se van?

Laura — ¿Que te vas? ¿Que me dejas a mí colgada? No, hijo mío; yo no acabo mis días en la cárcel; la que se va de aquí y para siempre soy yo. Vámonos, Margarita; pero que ya. Dame mi mantón, coge el perro. (Margarita obedece.) Mi prima Rosa nos ha ofrecido mesa y techo y nos vamos con ella. Ahí queda eso; tú sabrás responder. Te dejo las planchas; cuando vengan a recoger el chaquet o cuando venga el del gimnasio, utilízalas.

Ser. — ¡Laura!

Laura — Que te maten.

Ser. — Pero mujer, dime al menos dónde vive tu prima Rosa.

Laura — Se ha mudado. Andando.

Marg. — (Llorosa.) ¡Papá!

Laura — (Obligándola a hacer mutis.) ¡Andando! ¡Buenas tardes!

Faus. — (Conmovido.) Buenísimas. (Se van por la izquierda Margarita, Laura y Fausto, llevándose el cuadro del oso polar.)

Ser. — (Sujeto por Gloria.) ¡No, no; déjame, Gloria; es mi mujer, es mi hija. ¡Se llevan veinte años de afecto!

Gloria — ¡Conformidad!

Ser. — Es que se llevan además tres pesetas.

Gloria — Déjalas; son palomas mensajeras que volverán al nido.

Ser. — (Sollozando.) No las conoces; son las golondrinas de don Gustavo: esas no volverán.

Gloria — Las que no volverán son las tres pesetas.

Ser. — (Llorando.) Mis tres pesetas.

Gloria — ¿Pero es que vas a coger una perra?

Ser. — Son treinta perras, Gloria.

Glorla — ¡Y te apura eso cuando estamos abocados a poseer dos mil pesetas, que a diez perras cada una... Serénate y multiplica, Serrano: es la jauría de Medinaceli.

Ser. — Tienes razón, sí. (Secándose las lágrimas.) Pero deja que las vea por última vez. ¡Ay! (Se asoma al balcón y sofoca una exclamación.)

Gloria — ¿Eh?

Ser. — Estoy perdido. El de la mosca, Bordón, el del traje. Ha entrado en el portal. Sálvame.

Gloria ¿Te conoce?
Ser. No.
Gloria ¡Calma, estoicismo, filosofía!
Ser. ¡Mi abuela!
Gloria Domínate. Audacia. Imítame. (Abre la puerta de par en par.) Somos extranjeros. No tiembles. Compón la figura. Estírate. Posse, dignidad, aire resuelto! ¡Ya!
Ser. (Ya mcrí.)
Lor. (Por la izquierda, deteniéndose en el umbral de la la puerta.) Pero qué porquería de traje me ha mandado este tío. (Nadie le contesta. Este don Lorenzo es un tío fuerte y ordinario. Como antes se ha dicho gasta mosca. Trae un bastón que es un poste del tranvía.)
Gloria (De espaldas a don Lorenzo.) ¡Ah, de la casa! (A Serrano.) ¡Coréame!
Ser. (Casi sin alientos,) ¡Ah, de la casa!
Lor. (Avanzando.) Buenas tardes.
Gloria ¡Oh! No había reparado. Buenas tardes. Saluda... Gumberto.
(Serrano, que se ha quitado el sombrero y se enjuga el sudor, saluda con una miedosa inclinación de cabeza.)
Lor. (Para contestar al saludo levanta ceremoniosamente el garrote.)
Ser. (Temblando y viéndose encima el garrotazo.) ¡Ah! (Reponiéndose) ¡Ah, de la casa!
Gloria No salen, Gumberto.
Ser. No salen, Georgia.
Lor. No salen, ¿eh? Verá usted ahora.
Ser. ¡Ay!
Lor. ¿Eh?
Ser. Digo que... hay que llamar de otra manera.
Lor. Me traigo yo una clase de timbre que va usted a ver. (Descarga un fuerte garrotazo sobre la mesa y grita.) ¡Ave María!
Gloria (Asustada.) ¡Ave María!
Lor. (A Serrano.) ¿Qué tal?
Ser. Sí, señor; ha sido un Ave María solfeada que eclipsa a la de Gounod, pero... no salen. Vámonos... Georgia. Volveremos mañana.
Lor. Mañana estará cerrado el taller, caballero.
Ser. ¿Cree usted?...
Lor. Por defunción.
Ser. (¡Caray!)

Lor. Si quieren ustedes dejar algún recado, yo tendré el gusto de transmitírselo al dueño, a quien he de ver hoy indefectiblemente.

Ser. Pues... no, nada.

Gloria Sí.

Ser. (Aparte a Gloria.) No compliques.

Gloria Puede usted decir al señor Bordón, cuando venga...

Lor. ¿Eh? ¿Pero ustedes a quién buscan aquí?

Gloria A don Lorenzo Bordón, maestro de gimnasia y masagista.

Lor. (Quitándose el sombrero.) Señora, está usted hablando con él.

Gloria No me lo explico.

Lor. Yo vivo en el ciento dos sencillo y ustedes han penetrado en el ciento dos duplicado. (Vuelve a cubrirse.)

Gloria ¡Ah! Sí: el error es sencillo, mejor dicho, duplicado. Se comprende, nosotros... ¡claro! Eso es. Pues si usted gusta, pasaremos a su domicilio.

Lor. Señora, por todo el oro del mundo no me muevo yo de este sitio; tengo que dar masage a un sujeto y va en ello mi amor propio. Puede usted exponer si gusta el objeto de su visita.

Gloria Tú dirás, Gumberto.

Ser. (Contrariadísimo.) Como quieras, Georgia. (Estamos jugando con la dentadura.)

Gloria Pues ante todo...

Ser. ¿Por dónde saldrá?

Lor. (Secamente a Serrano.) Ante todo, caballero, está usted descubierto.

Ser. (Casi sin fuerzas.) ¡Perdón!...

Lor. O se cubre usted o me descubro yo.

Ser. (Con la lengua seca.) ¡Ah, pero aludía usted a...! (Se pone el sombrero.) Sí, es verdad... ¡Ja, ja!... (Me he tirado una plancha.) (Se apoya en la mesa nerviosamente y tira una plancha al suelo.)

Gloria Te has tirado una plancha.

Ser. Ya, ya lo he notado. (Levantándose.) Bueno, mira tú, Gudela... Gorgonia... Georgia, habla con el señor, mientras yo me llego a... eso, ya sabes.

Gloria Espera, hombre, espera. Si no podemos ir en coche, iremos a pie. Con eso te sirve de

escarmiento y no vuelves a salir sin el porta-monedas. Siéntate.

Ser. (Sentándose.) (Bueno, me la gano.)

Gloria (A don Lorenzo.) Nosotros, caballeros, somos de Honduras, América.

Lor. ¡De Honduras! ¿Eso está en el norte de América o en el sur?

Gloria Pues... (A Serrano.) Ya ves lo que pregunta

Lor. Confieso mi ignorancia; lo que toca en Geografía no ando muy fuerte.

Ser. Pues Honduras está... en... vamos, en un hoyo, ¿sabe usted? Yo soy una montaña, usted es otra montaña y aquí está Honduras.

Lor. Comprendido.

Ser. (En cuanto salga compro un atlas.)

Gloria Pues nosotros, señor Bordón, sin duda de vivir en un país tan bajo como Honduras, padecemos de lumbagos.

Lor. ¡Hola!

Gloria Nos ha dicho nuestro Cónsul que usted hace unos masages especialísimos que curan toda clase de achaques musculares y deseamos ponernos en tratamiento.

Lor. Muy bien, señora. Desde mañana, si usted gusta. Yo practico el masage corriente y además los que yo llamo masage ruso y masage israelita. El ruso para los casos graves, me produce resultados maravillosos: los baldados saltan.

Gloria ¿Es posible? ¿Y en qué consiste?

Lor. En unas frotaciones que doy primero con piedra pomez y luego con un cepillo de cobre.

Ser. ¡Oh!

Lor. Son de un éxito sorprendente. Cuando una vez el cuerpo en carne viva aplico la tintura de iodo, ya le digo a usted que hasta los baldados salen corriendo.

Gloria Lo creo.

Lor. Lo que ocurre es que hay mucha ignorancia y nadie quiere esta clase de masage.

Ser. Y el israelita, como usted dice, será por el estilo, ¿no?

Lor. Sí; ese es masage de uñas y alicates.

Ser. Ya.

Lor. Para el lumbago es el más indicado.

Gloria (Levantándose.) Pues mañana a las cinco lo veremos en la práctica. Palace Hotel, cuarto doscientos dos. Dispense, pongamos fin a fin a nuestra entrevista, pero tenemos que hacer una visita a una hora determinada y como Gumberto ha olvidado el portamonedas, nos vemos obligados a ir a pie y no sé si nos perderemos por ahí.

Lor. (Tirando de portamonedas.) Por Dios, señora; estando yo aquí... Permítame que le ofrezca...

Gloria Jesús, me da fatiga...

Lor. Nada, tuviera que ver: dígame lo que necesita.

Gloria Tres o cuatro pesetas; por más que como mañana le hemos de devolver el dinero, ¿verdad, Gumberto?

Ser. Claro.

Gloria Deme cuatro o cinco duros, lo que lleve.

Lor. (Volcando el bolsillo.) Veintitrés pesetas. (Se las da.) ¿Hace?

Gloria Muchísima falta. Muy bien, muchas gracias. Toma, Gumberto. (Serrano las guarda.) Hasta mañana.

Lor. Hasta mañana. Cuarto doscientos dos, ¿no?

Ser. Sí, doscientos dos: capicúa; no lo olvide.

Gloria ¿Caballero? (Saluda graciosamente.)

Ser. (Idem.) ¿Señor mío?...

Lor. Para servir a ustedes. Hasta mañana.

Gloria Hasta mañana. (Mutis. Deja olvidado su bolso sobre la mesa de plancha.)

Ser. (Haciendo mutis.) ¡Adiós, taller de mi alma! ¡Adiós para siempre! (Vase.)

Lor. (Muy satisfecho.) Muy bien. Con estos ensayo mañana el masage israelita, que tengo la mar de ganas de probarlo alguna vez. Ahora a lo mío. Por nada del mundo me privo del placer de darle una pateadura a este sinvergüenza de Serrano. (Saca un reloj.) Las tres; hasta las cinco que me espera el señor Duque no tengo prisa. (Fijándose en el bolso.) ¡Caramba! La señora ha dejado aquí su bolsillo. Estaba por corrrer a llevárselo. Sí. (En este momento se abre la puerta de la izquierda y Antonio Serrano, el boxeador, asoma la cabeza.) ¿Eh? (Deja el bolso sobre la mesa.)

Ant. (Hombre, un hombre) (Entra y se cruza de brazos.)

Lor. (Muy engallado.) ¿El señor Serrano?

Ant. Servidor.

Lor. (Quitándose la americana.) Le esperaba.

Ant. (Quitándose la suya.) Lo mismo digo.

Lor. (Separando la mesa.) Gracias a Dios.

Ant. Igualmente. (Se tantean un instante en lucha greco-romana y por fin se agarran y forcejean. En este momento entran precipitadamente por la izquierda GLORIA y SERRANO.)

Gloria Mi bolso, mi bolso. (Al ver a los luchadores.) ¡Ay!

Ser. (Idem.) ¡Atiza!

Gloria (Recogiendo su bolso.) Aquí está; vámonos.

Ser. (¡¡Serrano, con el otro!! Ahí me las den todas.)

Lor. Ustedes, perdonen; pero... (Siguen la lucha.)

Ser. Nada, nada, continúen, continúen. (Se van Gloria y Serrano. Antonio y don Lorenzo caen al suelo dándose una de metidos que Dios tirita y cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Lujosa habitación en casa de los Duques de Catanela. Una puerta en el fondo y otra en cada lateral. Es de día.

(Al levantarse el telón están en escena, la DUQUESA, GERTRUDIS y el CÓNSUL de Honduras. Estos últimos en plan de visita. El Cónsul es todo un rico y elegantísimo señorón de grandes barbas blancas y monóculo.)

Duq.ª Crea usted, señor Cónsul, que le agradecemos mucho la visita.

Cón. Como los periódicos han dicho que los portadores de la perla desembarcarían en la Coruña un día de estos y resulta que por haber ganado el barco dos días han llegado hoy a Madrid, como Cónsul de Honduras y por tratarse de este caso excepcional me he creído en el deber...

Duq.ª Oh, muchas gracias. ¿Y es efectivamente una gran escritora doña Luz de Vivar, la albacea...

Cón. Mal sonará el elogio en mis labios, señora. Es prima hermana mía.

Gert. ¿Y hacía mucho tiempo que no se veían ustedes?

Cón. Mucho. Crea usted que esta mañana cuando me sorprendió...—yo he sido el primer sorprendido—no los esperaba, es más, pensaba hacer un viaje a Galicia para recibirlos al desembarcar, pues bien; cuando leí el telegrama de mi compañero el Cónsul de la Coruña anunciándome que llegarían hoy,

me faltó tiempo para ir a recibirles. Yo mismo les he alojado en el Palace Hotel. Vienen encantados del viaje, mi prima sobre todo. Las autoridades españolas han puesto a sus órdenes dos policías desde la Coruña a Madrid. Muy galantes. Mi prima viene muy agradecida.

Duq.ª ¿Se quieren ustedes mucho?

Cón. Mucho. Pertenecemos sin disputa a la familia más rancia y más unida de Honduras. Veintitrés primos hermanos de dos matrimonios de primos hermanos.

Duq.ª ¡Ay!

Gert. Por Dios, Marcela.

Cón. (Se pone de pie.) Señora; con su permiso... me es muy grato el... pero... la obligación...

Duq.ª (Toca un timbre y aparece una Doncellita con el abrigo, estupendo, y el sombrero del Cónsul; luego le acompaña.) ¡No tuviera más que ver! Es usted muy dueño.

Cón. Emilio Vivar, en el Consulado de Honduras, para cuanto ordene. (A Gertrudis.) Señora... a los pies de usted. (Mutis.)

Gert. ¿De manera que los de Honduras están al llegar?

Duq.ª (Que está triste, como bajo el peso de una grave preocupación.) Sí; les aguardamos de un momento a otro. Braulio está contentísimo, tanto por el valor de la perla, como por tener en su casa a la eximia escritura hondurense, doña Luz de Vivar. ¡Como a Braulio le da por la literatura!...

Gert. Ya leí días pasados un lindo artículo suyo, sobre el paso de los israelitas por el mar Rojo. Muy interesante.

Duq.ª El pobre cifra todas sus aspiraciones en ser académico. Sueña a todas horas con el sillón. (Suspirando.) Acaso vea alguna vez realizado su sueño. Yo el mío no, Gertrudis. (Se seca una lágrima.)

Gert. Vamos, Marcela, no empieces.

Duq.ª Estoy pasando una tarde cruenta. Ya has oido al Cónsul. Bueno; pues hace un rato he estado visitando a una pobre mujer a quien la Providencia ha enviado tres hijos de un golpe.

Gert. Hay golpes de pronóstico reservado, hija mía.

Duq.ª Lo que yo dije a la infeliz, unas tanto y otras tan poco. Hasta le dije que podía Dios haberme enviado a mí dos de aquellos niños.

Gert. ¿Y qué te contestó ella?

Duq.ª Que ojalá hubiera yo tenido los tres. (Secándose otra lagrima.) ¡Ojalá!

Gert. No delires, Marcela. ¿Recuerdas que gracias al nuevo plan llevas dos meses sin ataques? Cálmate. Ya sabes lo que el doctor exige de ti: tranquilidad, quietud espiritual.

Duq.ª ¡Imposible! Todo se auna para robarme el sosiego. La muerte del pobre Sevillanito, me ha tenido descentrada estos días.

Gert. ¡Cómo! ¿Pero ha muerto el Sevillano? ¡Animalito! ¡Un perro tan mono, tan inteligente! ¿Y de qué murió?

Duq.ª La ciencia no ha sabido ponerlo en claro, Gertrudis: me queda ese desconsuelo. Por lo que he podido colegir, ha muerto de una indigestión. Al pobre animal le gustaban muchos los vegetales.

Gert. ¡Qué raro!

Duq.ª Hasta los hongos. No podía llevarle al campo porque se atracaba de ellos. Ya supondrás que un hongo no le puede sentar bien a un perro.

Gert. ¡Por Dios!

Duq.ª El día antes de morir comió ragout, en el ragout había setas y no hay quien me quite de la imaginación que al pobre Sevillano le hicieron daño las setas. (Secándose otra lágrima.) ¡Pobrecito mío!

Gert. Vamos, vamos, hablemos de otra cosa. ¿Y el Duque? ¿Está en casa?

Duq.ª Sí, seguramente, estará tirando al sable. Por más que hace un rato bajó al jardín para probar una pequeña noria que hemos comprado. ¿Qué hora es?

Gert. Las cuatro.

Duq.ª Ahora debe estar tirando. Diariamente dedica a la esgrima un par de horas.

Gert. Ya.

Duq.ª El pobre se pasa el día haciendo gimnasia

por consejo de un sabio higienista... para... pero nada. (Se seca otra lágrima.)

Gert. ¡Por Dios, Marcela!

Duq.ª (Disimulando) ¡El!

(Por la izquierda entra el DUQUE en traje de esgrima, careta puesta y sable.)

Duque (Quitándose la careta y dejándola con el sable en una silla.) ¡Oh, Gertrudis!

Gert. ¿Qué tal, querido Braulio?

Duque (Sentándose.) Reventado. No puedo más, Marcela. Compadéceme. Por la mañana, duchas; antes de comer, vahos; después de comer, a caballo; a las dos, trapecio; a las tres, poleas; a las cuatro, esgrima; a las cinco, pesas; a las seis, Serrano, boxeo; a las siete, fotbol; a las ocho, Bordón, masaje...¡ Estoy molido! Así es que en cuanto caigo en la cama me quedo hecho un tronco. Luego esta se queja.

Gert. Le estaba diciendo a Marcela que hace días leí un precioso artículo tuyo.

Duque (Muy ufano.) ¡Ah! Sí; mi impresión sobre el paso de los israelitas. Una nota de color. Estaba bien. Aquella descripción que yo hacía del cielo azul, las nubes grises, el mar Rojo, las aguas verdes y la espuma blanca, estaba bien, ¿verdad?

Gert. Muy bien.

Duque Pues he terminado ayer un artículo describiendo un viaje que hicimos el lunes pasado a Toledo para visitar la maisón del Greco, que creo que te gustará. Voy a leértelo.

Gert. ¡Oh! Cuánto honor.

Duque (Saca de un cajón de una mesita unas cuartillas.) No suelo leer nada a nadie, pero tratándose de ti...

Gert. Te lo agradezco muchísimo.

Duque (Leyendo.) «De mi casa a la casa del Greco.» (Lee.) A las siete de la mañana penetró en nuestro cuarto Ramona Ochotecos, la primera doncella y nos llamó diciendo: señoritos, son las siete y cinco. Abrimos los ojos; Ramona abrió el balcón. Mi esposa saltó del lecho, se calzó las zapatillas en un salto, se cubrió con un salto de cama y se vistió en un salto.

Duq.ª Hay cuatro saltos seguidos, Braulio.

Duque ¿Eh?

Gert. Y en muy poco espacio.

Duque Es verdad... cuatro. No me lo explico. Tanto salto y yo sin caer. Espera, espera, voy a quitar dos por lo menos. Aunque es difícil...

Ram. (Doncella, por el fondo.) Señora; una señora y una señorita vienen con esta tarjeta de usted.

Duq.ª Ah, sí; las del taller de planchado. Que pasen al gabinete de labores. Ya iré con ellas. Que vayan viendo mis bordados.

Ram. Han traido también esta carta hace un momento. (Se la da.)

Duq.ª (A Gertrudis, rasgando el sobre.) Perdona.

Gert. ¡Por Dios!

Ram. (Al Duque.) Señor, han preguntado por teléfono...

Duque Déjeme, déjeme: no me distraigas. ¿No ve usted que estoy ocupadísimo?

(Ramona hace mutis por el fondo.)

Duq.ª (A Gertrudis, viendo la firma de la carta.) ¡Oh! Es de María Cantalatorre.

Gert. ¡Mujer!

Duq.ª ¡Pobrecilla!

Gert. ¡Verdad! ¡Haberse casado con un viejo!

Duq.ª ¡Con lo amante que era también de los niños. Otra que soñará con un imposible. (Suspira.)

Gert. ¿Qué te dice?

Duq.ª (Leyendo.) Queridísima Marcela: Como sé que mis alegrías te hacen gozar, te comunico que felizmente, felicísimamente, he tenido un hijo...

(Se le cae la carta de las manos, se lleva la diestra al corazón, lanza dos o tres ayes estomacales y cae desvanecida.)

Gert. ¡Dios mío!

Duque (Corriendo hacia la Duquesa.) ¡El ataque! (Llamando.) ¡Ramona! .. ¡Laura!... Le estaba amagando. (A RAMONA y LAURA que entran por la puerta del fondo.) ¡Pronto! La señora se ha indispuesto. Llevadla a sus habitaciones. Tú serás tan amable que la acompañes, Gertrudis.

Gert. Desde luego.

Duque Cuando vuelve, no le gusta encontrarme a su lado. Durante la crisis nerviosa suele odiarme.

Gert. Sí; pierde cuidado.

Duque Gracias.

(Hacen mutis por la puerta de la derecha, Ramona y Laura, conduciendo a la Duquesa y Gertrudis. El Duque hace sonar un timbre.)

Dom. (Por la izquierda.) Señor.

Duque Espero visita: voy a vestirme.

Dom. El señor Duque dirá qué ropa.

Duque El chaquet que me hizo Lacuz. Supongo que ya estará planchado.

Dom. Puede que lo esté, pero es el caso que... he ido por él al taller y no he podido recogerlo. Suceden allí cosas muy raras, señor Duque.

Duque ¿Eh?

Dom. Yo fuí, estaba la puerta cerrada, llamé, no me contestaron, miré por el ojo de la llave porque desde fuera se oían golpes, como si estuvieran planchando y bueno; se me pusieron los pelos de punta, señor Duque. Allí había dos hombres, uno de traje claro en el suelo y otro de traje oscuro encima de él, dándole con una plancha en la cabeza. Salí de pira, porque yo con la justicia no quiero belenes; volví al cabo de una hora, suponiendo que la tragedia habría tenido ya su remate, y lo mismo, es decir al revés, el que daba entonces con la plancha era el del traje claro. ¡Una barbaridad!

Duque Pues vuelve y por encima de los cadáveres me traes el chaquet. Es el único que me cae y quiero recibir dignamente a esos señores de Honduras.

Dom. Está muy bien.

Duque Dile de paso al señor Cascal, el administrador, que deseo verle.

Dom. Está muy bien. (Vase por el fondo.)

Duque (Sentándose y liándose de nuevo con las cuartillas.) Puesto que Marcela está enferma no hago hoy gimnasia. (Por las cuartillas.) Volvamos a los saltos. Me parece que estos cuatro saltos me van a hacer sudar. (Tacha y escribe.)

Cas. (*Entra* CASCAL *por el fondo. Representa unos cincuenta años y trae la cabeza vendada.*) ¿Se puede?

Duque (*Sin mirarle.*) Pase, Cascal. (*Por las cuartillas.*) Muy bien. He vencido una dificultad. (*A Cascal.*) ¿Eh? ¿Qué es eso? ¿Qué le sucede?

Cas. Nada, señor; cuatro bollos sin importancia.

Duque ¿Alguna caída?

Cas. Un altercado. Pretendían timarme y ya el señor Duque conoce mi carácter.

Duque Diga, diga, me interesa.

Cas. Nada, que ayer recibí una carta, con letra de mujer que decía lo siguiente: «Señor Cascal, si desea usted conocer un procedimiento para que sus tierras de la Prosperidad renten un ochenta por ciento mensual acuda mañana a las diez al café de Varela y previa la entrega de cien pesetas, mi esposo le dará un pliego cerrado conteniendo el secreto en cuestión. Mi esposo no sabe una palabra. Una suiza.» Me picó la curiosidad, fuí al café, se presentó el marido de la suiza, le di las cien pesetas, me entregó el pliego y al leerlo y ver que se trataba de una tomadura de pelo, me lié a golpes con el tío y lo hice harinas.

Duque ¿Y qué decía el pliego? ¿Cuál era el secreto?...

Cas. ¡Ah! Que sembrara tabaco. (*Ríe el Duque.*) Hay cada sinvergüenza por ahí. Como yo vuelva a tropezarme con ese suizo me lo como.

Duque ¿Qué sabe usted de los comisionados de Honduras?

Cas. Han llegado a Madrid a las tres y cuarenta, y se hospedan en el Palace Hotel. Ha estado aquí el Cónsul. Espero que me comuniquen por teléfono a qué hora han de venir a entrevistarse con el señor Duque.

Duque Muy bien. ¿Está todo dispuesto?

Cas. Sí, señor.

Duque Entonces me vestiré. No me he vestido antes porque he estado ocupadísimo con un trabajo literario... Un artículo sobre mi viaje a Toledo. Se lo voy a leer a usted. No suelo leer nada a nadie, pero tratándose de usted...

Cas. El señor Duque me hace un gran honor.

Duque (Toma las cuartillas y lee.) «De mi casa a la casa del Greco. A las siete de la mañana, Ramona Ochotecos, la primera doncella penetró en nuestro cuarto y nos llamó diciendo: señoritos, son las siete y cinco. Abrimos los ojos. Ramona abrió el balcón, mi esposa saltó del lecho, se calzó las zapatillas en un brinco, se cubrió con un salto de cama y se vistió en un brinco.» Antes había cuatro saltos pero ahora hay dos saltos y dos brincos. ¿Eh? ¿Qué le parece?

Cas. Pues... a mí... la verdad, señor Duque; yo entiendo poco de literatura, pero, vamos, dicho sea con todos los respetos... yo quitaría algún brinco.

Duque Tiene usted razón, este último brinco a mí no me gusta tampoco. Aquí encajaría mejor una imagen bonita de rapidez, un símil: le buscaré, le buscaré. Sigamos.

Felipe (Criado, por el fondo.) Con el permiso del señor Duque.

Duque ¿Qué pasa?

Felipe Llaman por teléfono del Palace Hotel, al señor Cascal.

Cas. (Al Duque.) Si usted me autoriza...

Duque Vaya, vaya. Primero es lo primero. (Vase Cascal por la izquierda.)

Felipe Hay en el recibimiento un caballero que dice venir recomendado por la señora marquesa de Fuente-Uña.

Duque ¡Ah! ¡Sí! Un amanuense... Que pase. Una bella imagen... ¡Sí! ¡Ya! (Escribiendo.) Acabo de vencer otra dificultad. ¡Qué difícil es escribir bien!

Felipe (Anunciando, en el fondo.) El señor Cerrillo. (Vase. Entra Cerrillo, con su cabeza vendada como en el primer acto. No pasa de la puerta.)

Duque Pase usted.

Cer. (Sin moverse.) Estoy azoradísimo.

Duque Entre, entre.

Cer. (Avanzando sombrero en mano, azoradísimo.) Muchas gracias. Perdone vuecencia que no me descubra, es decir, que no me quite la venda, pero tengo un temporal deshecho y el médico que me tiene en tratamiento dice

que al temporal no le conviene el aire. Perdone vuecencia...

Duque Ante todo, no me gusta el tratamiento.

Cer. Ni a mí, porque la venda da un calor extraordinario.

Duque Quiero decir que no me trate de vuecencia.

Cer. ¡Ah! Creí que... Claro, como... Sí, señor.

Duque Siéntese.

Cer. Muchas gracias. (Se sienta.)

Duque La marquesa de Fuente-Uña, me ha dicho que es usted un hábil pendolista y que domina usted diversos tipos de letras.

Cer. Sí, señor; tengo varios tipos, tengo un tipo inglés muy elegante y un tipo gótico bastante nuevo. Domino la redondilla, y con las mayúsculas hago locuras. Días pasados me encomendaron las Madres Paulas, la confección de un pergamino para felicitar a su protectora doña Pascuala Torres, y que le digan a usted cómo les hice la Torres y cómo les hice la Pascuala.

Duque Desde luego queda usted admitido, señor Cerrillo.

Cer. (Conmovido.) Gracias, señor Duque. Seré más que un pendolista, un esclavo. (¡Gracias a Dios que me va a cuajar algo en este mundo.)

Duque Sueldo, veinticinco duros mensuales.

Cer. Mi bello ideal.

Duque Va usted a comenzar ahora mismo su tarea. Quiero que me copie en rica cartulina, mi último trabajo literario.

Cer. Ese honor vale para mí mucho más que los veinticinco duros mensuales. ¡Poder gozar de las primicias de su talento!...

Duque (Hinchadísimo.) Veinticinco duros y casa, señor Cerrillo.

Cer. (Enjugándose una lágrima.) ¡Lloro de emoción!

Duque Voy a leer a usted mi trabajo. Atienda. (Ordena las cuartillas.)

Cer. (Veinticinco duros y casa. Si le pondero el trabajo y le doy la coba, me viste.)

Duque (Leyendo.) «De Madrid a la casa del Greco. A las siete de la mañana penetró en nuestro cuarto Ramona Ochotecos, la primera

doncella, y nos llamó, diciendo: Señoritos las siete y cinco. Abrimos los ojos.

Cer. Muy bien.

Duque Descriptivo, ¿eh?

Cer. Descriptivísimo.

Duque (Leyendo.) Ramona abrió el balcón, mi esposa se tiró del lecho...

Cer. Muy bien.

Duque Se calzó las zapatillas en un brinco.

Cer. Muy bien.

Duque Se cubrió con un salto de cama y se vistió en menos que se persigna un cura loco.

Cer. Muy nuevo.

Duque ¿Le gusta?

Cer. Me deleita.

Felipe (Otro criado, por la puerta del fondo, anunciando:) El señor Bordón.

Duque (Contrariado.) ¡Válgame Dios! ¡El masagista. (A Cerrillo.) Siéntese aquí y proceda a la copia. Aquí tiene los avíos necesarios.

Cer. (Sentándose.) Antes de copiar permítame que saboree esta hermosura, señor Duque.

Duque (Halagadísimo.) ¡Por Dios, simpático Cerrillo; usted es muy dueño de ello! (A Felipe.) Que pase Bordón. (Vase Felipe.)

Cer. (Muy contento.) (¡Simpático Cerrillo!... ¡Me viste!) (Comienza a leer a media voz y declamando.) Yo me atavié también en un salto. Tomamos en pie un tente en pie y bajamos, peldaño a peldaño, los peldaños de la escalera de nuestra morada, ante cuya puerta rugía el automóvil. (Entusiasmado.) ¡Esto es cervantino! ¡Qué ropaje! ¡Qué ropaje!

Duque (Hinchadísimo.) Conque ya sabe, veinticinco duros, casa, comida y ropa.

Cer. (Conmovido.) ¡Siempre fueron magnánimos los genios!

Lor. (Por el fondo. Trae la cabeza vendada.) Perdone si me he retrasado unos minutos, señor Duque.

Duque ¿Eh? ¿Usted también? ¿Qué le ocurre, amigo Bordón?

Lor. Nada: unas palabras que he tenido con un conocido y traigo la cabeza entreabierta.

Duque Pues cuídese; esas oberturas craneanas suelen ser peligrosas.

Cer. (Palpándose la venda.) (¡Caramba!)

Duque Está uno tan fresco y de pronto comienza uno a desvariar y a ver cosas absurdas y se sufre muchísimo.

Cer. (¡Caray!)

Lor. ¿Es de veras?

Duque Hace años jugando a la pelota en el frontón, me partí yo el frontal y no quiero acordarme. ¿Sabe usted lo que estuve viendo durante cinco días?

Lor. Las estrellas, desde luego.

Duque Asómbrese usted. A ratos veía yo una expedición inglesa al Polo Norte y a ratos la jura del Cid en Santa Gadea.

Lor. ¡Caray!

Duque Como usted lo oye.

Lor. Pues yo, todavía... (Se palpa.) Pero me mete usted en aprensión.

Cer. (Sí que sería una gracia que ahora que tengo yo veinticinco duros empezara a ver ingleses por todas partes. Lo del Cid sería lo de menos. Por más que a mí me daría por ver a mi mujer ¡hasta en la sopa! ¡Caray! ¡Sí que noto un zumbido!)

Duque Me figuro que cuando usted, un verdadero hércules, ha resultado maltrecho, el contrincante...

Lor. ¡Uf!... (Yo no confieso que me ha podido.) El contrincante tardará en curar. Era un pobre infeliz, un tal Alvaro Serrano, perito mercantil.

Cer. ¡Rebomba!

Lor. (A Cerrillo.) ¿Decía usted?

Cer. No, nada.

Lor. A estas horas continuará aún sin conocimiento.

Cer. (¡Pobre hermana mía!)

Lor. Y así está muy bien, porque como le vuelva a encontrar, lo pulverizo.

Felipe (Por el fondo.) Señor: doña Luz de Vivar y don Isaac Castaño, procedentes de Honduras, piden permiso para pasar.

Duque ¡Ellos! ¡Y yo sin vestir! ¡Y la Duquesa enferma! Espere... ¡No!... ¡Sí!... Dígales que pasen; que soy con ellos en seguida, que la Duquesa está indispuesta. Avise al señor Cascal.

Yo voy a vestirme. ¡Válgame Dios! (Mutis por la derecha. Vase Felipe por el fondo.)

Cer. (Levantándose, y a don Lorenzo con cierta cortedad.) De manera que el tal Serrano tiene para días, ¿eh?

Lor. (Arqueando el brazo y presentándoselo.) Toque usted aquí.

Cer. (Palpándole el brazo.) (¡Qué bruto!)

Lor. ¿Cree usted que diez trompazos míos harán mella?

Cer. ¡Mella! Desmuelan por completo. Vamos, que ha hecho usted papilla a Serrano.

Lor. Papilla es poco, fosfatina.

Felipe (Por el fondo, anunciando.) Doña Luz de Vivar y don Isaac Castaño. (Vase.)

(Por la puerta del fondo entran en escena GLORIA y SERRANO. Al ver a Cerrillo y a don Lorenzo, quedan en una pieza.)

Cer. (Restregándose los ojos.) (¿Eh? No; no es posible.)

Ser. (Aparte a Gloria.) ¿Qué rondalla es esta, Gloria?

Gloria Caray, mi esposo. Hazte el distraído.

Lor. Anda, los de América. Señores míos... ¿qué tal? ¿Cómo van? (Saludos.)

Gloria ¡Oh, forzudo masagista!...

Ser. Hombre, usted por aquí... ¡Cuánto me alegro!

Cer. ¡Deliro! No son ellos, porque si ese fuera Serrano, este bruto en vez de saludarle, le atizaría.

Lor. Por lo visto, la visita que tenían ustedes que hacer era esta.

Ser. Sí, esta.

Gloria ¡Esta, ésta!

Cer. ¡Es su voz! (Olfatea.)

Gloria ¡Oh; cuánta fotografía!

Ser. Un album.

Lor. Hecho por el Duque.

Ser. ¡Qué artista!

Gloria Mira, mira qué panorama más bonito. (Mirando el album. A Serrano.) (Cerrillo nos estorba: ¡Echalo!) ¿Qué es esto?

Lor. ¡Bah, nada, desentona al lado de los demás. Es un cerrillo donde el Duque tiene una mina de plomo.

Ser. Claro, es verdad. Ese cerrillo es un mamarracho. Yo creo que no debía estar aquí,

Cer. ¿Qué dice este hombre?

Gloria Esto es una bohemia, ¿no?

Lor. Sí; pero lo mejor es esta reproducción de una viejecita de Van Dick.

Gloria Oh, sí, sí... me gusta mucho más la viejecita que la bohemia.

Lor. Pues tiene el Duque un retrato de su mujer y otro de su madre...

(Salen RAMONA, LAURA y MARGARITA.)

Gloria Mi madre, tu mujer.

Ser. Mi abuela, ¿qué hago?

Gloria Tápate, tápate, tápate... (Le da la careta de esgrima que no se pone.)

Ram. Aquí hay poco que ver. Este limpia-plumas bordado...

Cer. Sí, hombre; es mi hermana. Calma, Narciso, que desvarías. (A don Lorenzo.) Oiga usted. Esos señores...

Lor. Clientes míos. Americanos.

Cer. ¿Cuando estuvo usted en casa de ese Alvaro Serrano, estaba allí esa señora? (Por Laura.)

Lor. No, señor; la otra, la americana.

Cer. ¿Qué americana?

Lor. No me miente usted la americana. No me encienda la sangre.

Cer. Bueno, yo estoy muy malo. (Se deja caer en una silla atontado y empieza ha hacer gestos como si coordinara sus ideas. Olfatea.)

Ram. Vengan por aquí.

Laura Saluda, niña.

Marg. Para servir a ustedes... ¡Mamá, tía Gloria! ¡Papá!

Laura ¡Y Narciso!

Marg. ¿Qué es esto, mamá?

Ram. Por aquí, señoras...

Laura Gracias.

Marg. Muchísimas gracias...

Ser. Gloria, tengo miedo, vámonos.

Gloria Sí, esto es un complot. Mi marido al ver a tu mujer se ha hecho el loco.

Ser. Vámonos.

Gloria Vámonos. (Medio mutis.) ¡Ah! Espera.

Ser. ¿Qué?

Gloria ¡Que viene ahí Cascal! ¡Cascal! El de las cien pesetas de ayer. El del café Varela ¡Y viene con Serrano!

Ser. Nos majan.

Ant. (Dentro.) No, si yo boxeo por las mañanas. Pero hace tres días que falto y deseo sincerarme. (Sale acompañado de Cascal.) Muy buenas tardes.

Lor. ¡Retorta! ¿Es mi rival o es que desvarío?

Cer. ¡Caray! ¿Pues no estoy viendo ahora al que me pegó en el café de Varela?

Ant. Sí, es él. Pero, ¿qué hará aquí este tío? (Se acercan en son de guerra, Antonio y Lorenzo.)

Lor. Sinvergüenza.

Ant. Canalla.

Lor. Venga usted conmigo al gimnasio, que le voy a partir las muelas.

Ant. Partían.

Lor. Andando.

Ant. Vamos. (Se van forcejeando.)

Gloria ¡Atiza!

Cas. (A Serrano.) Caballero, que se van a matar. Venga usted.

Ser. Yo no; ¡ese! (Por Cerrillo.) ¡Que vaya ese!

Gloria ¡Sí, que vaya ese!

Cas. (A Cerrillo.) Usted, caballero.

Cer. Yo no, no estoy para nada... Suplico a usted...

Cas. ¡Usted! ¡El suizo! ¡El que me quiso timar ayer!

Cer. ¡Ya están aquí!

Cas. ¡Venga usted, miserable!

Cer. A donde usted quiera, so tío imbécil. (Se agarran.)

Cas. ¡Suélteme usted!

Cer. Suélteme usted a mí.

Cas. Por aquí.

Cer. ¡Me la he ganao! (Mutis.)

Gloria Le pegan. Es su sino. Esto me indica, Serrano, que vamos a hacer negocio.

Ser. Gloria, por tu madre, por lo que más quieras en el mundo, aprovecha y vámonos.

Gloria ¿Irnos cuando nos está saliendo todo a pedir de boca?

Ser. Mira que cuando todos esos se enreden conmigo, me apabullan.

Gloria (Escuchando hacia el lateral.) ¡Silencio!

Ser. Gloria, que estoy nerviosísimo. (Tiembla mucho más que nunca.)

Gloria (Como antes.) Serénate.

Ser. Gloria, que... con estos sustos he olvidado la lección de Geografía.

Gloria Recuerda lo más importante. Honduras, Centro América, Cordillera de los Andes, Río Coca, Lago Caratasca... (Sigue atenta a ciertas voces que se oyen dentro.)

Ser. ¿Eh? ¿Cómo has dicho?

Gloria ¡Calla!

Ser. ¿Qué 'ago?

Gloria No l'hagas nada, hombre. (Sentándose.) ¡Ya! ¡Siéntate!

Ser. (Sentándose.) En el nombre del Padre... (Se santigua.)

(Por la puerta de la izquierda entra en escena el DUQUE. Viene de levita.)

Duque (Reverencioso.) ¡Señora!...

Gloria (Haciendo cómicos aspavientos.) ¡Oh! ¡Sí! ¡El! No cabe duda. (A Serrano.) Mire usted, Isaac, qué gran parecido. (Alargándole una mano.) ¡Señor Duque!

Duque (Rendidísimo.) Permitidme, señora, que bese esta mano que esculpe cuanto escribe e inmortaliza cuanto esculpe. (Le besa la mano.)

Gloria ¡Oh! (A Serrano.) Lo que os dije, Castaño; lisonja y galantería nacieron de pechos españoles.

Duque (Estrechando la mano de Serrano.) ¡Señor Castaño!...

Ser. (Azoradísimo.) Me alegro de verle bueno.

Duque Sentaos. (Se vuelve para acercar una silla.)

Gloria (Aparte a Serrano.) ¡Fineza, animal!

Duque Sentaos.

Ser. Primero vos que nos. (Se sientan.)

Duque Ante todo, perdonad mi tardanza. La Duquesa está algo indispuesta y... Ya nos avisarán cuando abandone el lecho, pues no quiere privarse del placer de conocer a ustedes.

Gloria Por Dios, se va a molestar...

Ser. ¡Vamos, hombre!...

(Gloria tose ligeramente.)

Duque ¿Qué tal el viaje?

Gloria ¡Oh, una delicia!

Ser. En primera.

(Tose Gloria.)

Duque Sin marearse y sin...

Gloria Sí, algo...

Ser. Pero si viera usted qué gusto da el mareo... (Vuelve a toser Gloria.)

Duque ¿En qué barco han hecho ustedes la travesía?

Ser. (¡Nos partió!)

Gloria Pues en... La Marina, un barco italiano, una mole.

Duque ¡Oh! ¡La Marina! dos millones de toneladas.

Ser. Y lo que cuelga.

Duque Al pobre tío Simón le horrorizaba la idea de embarcarse.

Gloria Es verdad: ¡pobre Simón!

Ser. Dios le haya perdonado.

Gloria A nosotros nos quería muchísimo. A Castaño le costeó la carrera.

Duque ¡Oh!

Ser. ¡Sí, señor; y eso que al pobre Simón no le gustaban las carreras, y menos las carreras largas, pero como era tan bueno, me dijo, arrea...

(Tose Gloria.)

Duque ¡Era un santo! ¡Haber muerto el infeliz de una manera tan trágica! (Gloria y Serrano se miran.) ¡Aquello fué un verdadero cataclismo!

Gloria ¡Oh!

Ser. ¡Oh!...

Duque ¡Estrellado!

Ser. ¡Pobre Simón!

Duque ¡Malditos biplanos! Y cayó en Gracias, ¿no?

Gloria Sí, señor; allí le quería todo el mundo.

Duque Digo que cayó en la población.

Gloria Ah, sí, allí, a... Bueno, allí cerca.

Duque ¿Pero fué que no planeó?

Ser. Planeó, pero no planeó bien; muchas veces se piensa una cosa y luego resulta otra.

(Tose Gloria.)

Duque (A Serrano.) ¿Y qué me dice usted de Honduras?

Ser. Pues... ¡oh! Honduras... Centro América... Andes, río Coca. Puerto de la Brea... ¡Oh! Hablemos de otra cosa, señor Duque. No nos metamos en Honduras, porque desde que murió don Simón, aquello me entristece.

Felipe (Por la derecha.) Señor: la señora Duquesa, desea que el señor Duque pase un momento a sus habitaciones.

Duque Voy. (Vase Felipe.) Ustedes permitirán...

Gloria Ya lo creo.

Ser. Sí, señor.

Duque Está enferma y...

Gloria ¡Por Dios!

Duque Soy con ustedes en seguida. (Váse por la derecha.)

Gloria ¿Ves?

Ser. Sí, pero esto se prolonga mucho, Gloria, y tengo miedo. Hay que ir a lo del testamento en seguida.

Gloria Tú no te acobardes y te aseguro que el mundo es nuestro.

Ser. ¿Acobardarme yo? Estando a tu lado nada me hace temblar. Ya lo has visto. Soy un león.

Gloria Chócala.

Ser. ¡Qué chócala! permíteme que te abrace. (La abraza.)

Felisa (Criada, anunciando desde la puerta del fondo.) Doña Luz de Vivar; don Isaac Castaño.

(Serrano medio se desvanece sobre Gloria.)

Gloria ¡Caray, esto si que es grave!

Ser. ¡Huyamos!

Gloria ¡Por dónde!

Ser. ¡Gloria, que nos majan!

(Por la puerta del foro entran en escena LUZ e ISAAC. La primera frisa en los cuarenta años, el segundo es un tío de una vez, alto, grande, fuerte, casi mulato, con cara de contadísimos amigos: un espanto.)

Gloria (¡Señores, qué tío!)

Ser. (Mi madre: ese me puede.) Idea algo.

Gloria ¡Ya! Somos los duques. ¡Oh! Sean ustedes muy bien venidos. En este momento íbamos a salir a buscarles. Tenemos concedida audiencia por el Ministro y le dije al Duque: Duque, nos pasaremos antes por el hotel, recogeremos la perla y la enseñaremos a su excelencia. Pero siéntense, aunque sea un minuto, siéntense. (A Serrano.) Duque, saluda a la eximia escritora.

Ser. ¡Atiza! (Azoradísimo.) Señora, permítame usted que bese esta mano que escribe cuanto

esculpe, digo, que escribe cuando inmortaliza... Bueno, ya usted me entiende. (Le besa la mano.)

Luz Caballero...

Ser. (Por Isaac.) (A éste ni le miro...)

Gloria El viaje bien, ¿eh? Pobre tío Simón, qué horror le tenía al agua. ¡Cada vez que recuerdo su trágica muerte! Estrellado: malditos biplanos. A sus años, hizo mal...

Isaac Fué una verdadera desgracia; caerle el biplano encima... engancharle... ¡pobre Simón!

Ser. (¡Atiza!)

Gloria (Levantándose.) Bueno, nosotros nos vamos, es cuestión de veinte minutos. Ustedes nos aguardarán.

Ser. Sí, nos aguardan. Que nos aguarden aquí. Sí, vámonos. Anda, ¡pero ya!

Gloria Hagan el favor de darnos la perla para que la vea el Ministro. A nuestro regreso formalizaremos la entrega. (A Serrano.) ¿Te parece?

Ser. Como tú quieras, pero vamos, ¿eh?

Gloria Sí; venga, venga.

Isaac Aquí está. (Saca un estuche, lo abre y entrega la perla.)

Gloria ¡Divina!

Ser. ¡Estupenda!

Gloria Deme. (Coge el estuche.) ¿Tiene ahí el testamento?

Isaac Sí, señora.

Gloria Traiga; lo leeremos por el camino. (Recoge el sobre.) Muy bien: listo.

Isaac Dentro del sobre van también los ochenta billetes de mil pesetas, importe del legado.

Gloria ¡¡Ochenta mil pesetas!! Hay aquí...

Ser. Vámonos, vámonos, que ya tú sabes que al Ministro no le gusta esperar.

Gloria Sí, pero...

Luz ¿Aguardamos aquí?

Gloria Sí... no... Mejor abajo, en... en el invernadero.

Ser. Sí: en el invernadero.

Gloria Hay plantas rarísimas. Ya verán. (Hace sonar un timbre.) Bueno, y perdonen...

Luz ¡Por Dios!

Ser. Volvemos en el acto. El Ministro nos despachará en seguida.

Gloria (A Felisa que entra por el fondo.) Acompañe a estos señores al invernadero.

Fel Por aquí.

Luz Hasta luego.

Isaac Hasta ahora.

(Mutis de los tres por el fondo.)

Gloria ¡Serrano de mi alma!

Ser. Vámonos.

Gloria ¿Estás loco? Nos vamos con el testamento y con la perla, y dentro de dos horas estamos en la cárcel. No, hijo, no. Con que nos vayamos con las ochenta mil pesetas tenemos bastante.

Ser. Pero...

Gloria Calla y escucha. Somos los amos de la situación. Ya no tienes que tragarte nada.

Ser. Menos mal.

Duque (Por la derecha.) De nuevo suplico a ustedes mil perdones.

Gloria ¡Por Dios, tuviera que ver!

Duque La Duquesa, mejorada de su indisposición, desea saludar a ustedes, y quiere que tomemos una taza de té en el invernadero.

Gloria No; en el invernadero, no.

Duque ¿Eh?

Ser. Que en el invernadero, no, señor. Habrá plantas, y ésta con las plantas no...

Gloria Excentricidades, señor Duque, pero no lo puedo remediar, las plantas me... me dañan. Es una rareza que me hace sufrir. Procuro corregirme, pero no puedo. Ya ve usted, en mi casa de Honduras tengo plantas, y ya se sabe, donde yo pongo las plantas no pongo los pies.

Duque Entonces, tomaremos el té en el comedor.

Gloria Eso; sí, en el comedor. Muy bien. Eso está muy bien.

Duque Vamos, pues.

Gloria Cuando usted guste.

Duque (Indicándoles la puerta de la derecha.) Por aquí.

(Se van, seguidos del Duque.)

(Por la puerta de la izquierda entran en escena CERRILLO, CASCAL, DON LORENZO y ANTONIO. Vienen hechos cisco; las corbatas sueltas, las tirillas sal-

tadas, los puños fuera, sucios los trajes, amoratados los carrillos, etc., etc.)

Cas. No están aquí, pero sé que de la casa no han salido: les encontraremos.

Ant. (Poniendo a don Lorenzo un tafetán.) Espere, aquí en la barbilla tiene usted otra matadura.

Lor. Gracias.

Cer. ¿Queda aun tafetán?

Ant. Medio centímetro.

Cer. Traiga; que tiene aquí el amigo Cascal una herida en el pómulo que es un espanto. (Le pone el tafetán.)

Cas. ¡Miserables! Vamos, que si no es por su hermana de usted, nos matamos.

Cer. Tiene usted razón. Un ángel la trajo a esta casa.

Ant. Usted me perdone, amigo Bordón.

Lor. Me ha reventado usted, y lo siento, porque daría media vida por patear a ese par de sinvergüenzas.

Cer. A ella sobre todo. (Hace sonar un timbre.) Esta tarde enviudo.

Fel. (Por el fondo.) ¿Han llamado?

Cas. Escucha, Felisa: unos señores... es decir, una señora y un caballero que dicen que vienen de Honduras.

Fel. ¡Ah! Sí.

Cas. ¿Dónde están?

Fel. En el invernadero.

Cas. ¡Caramba! Y escucha, ¿están con el señor Duque?

Fel. No, señor; el señor Duque tiene visita. Están solos; les acabo yo de dejar allí.

Cas. ¡Hombre! Muy bien. Nada más, Felisa, muchas gracias. Puedes marcharte. (Se va Felisa.) ¡¡Señores!! (Contentísimo.) ¡En el invernadero y solos!

Ant. Bueno; se han caído. Les hago un injerto.

Cer. ¡Eso! ¡Venga!

Cas. Vamos.

Lor. A mí dispensarme, pero tengo la cabeza que me gira el mobiliario, que me está pareciendo la estancia un carrusel.

Cer. (A don Lorenzo.) Usted y yo nos vamos a refrescar un poco, que buena falta nos hace.

Cas. Eso, y nosotros a la venganza. ¡Muera Serrano!

Cer. Y muera mi costilla, que es la única costilla que no me duele.

Cas. Andando.

Cer. En el gimnasio estamos. Hasta ahora.

Cas. ¡Muera Serrano!

(Mutis de Cascal y de Antonio por el fondo.)

Cer. (Ayudando a andar a Bordón. Se van por la izquierda.) Y el caso es que me sigue oliendo a tortas. ¡Veremos!

(Por la puerta de la derecha entran en escena GLORIA, GERTRUDIS y la DUQUESA, seguidas de SERRANO y el DUQUE.)

Gloria Pero, por Dios, Duquesa, estoy avergonzada.

Ser. ¿Decía usted, señora?

Ger. Que dice bien la Duquesa, nuestro traslado es más sencillo que el trasladar todas las plantas que hay en el comedor.

Duq.ª Aquí mismo tomaremos el té. (Hace sonar un timbre.)

Gloria ¡Son ustedes amabilísimos!

Duque Pues, sí, como le iba diciendo. En América se viste muy bien.

Ser. (Dándose tono.) ¡Se viste!

Duque Además, hay telas riquísimas. Esta es americana, ¿no?

Ser. Chaquet.

Duque Digo la tela.

Ser. ¡Ah, sí, señor; americana!

Duque Y el corte irreprochable. No he logrado jamás que me hagan un chaquet como ese...

Ser. Pues mire usted; no me lo he probado nada más que una vez. No le doy importancia a estas cosas.

Duque ¡Oh! Yo, sí; a mí me hace la ropa Lacuz, esta levita es de Lacuz.

Ser. Pues este chaquet, no sé de quién es. No le doy importancia.

Dom. (Por el fondo. Trae en la cabeza una venda.) ¿Han llamado los señoritos?

Duq.ª Que nos sirvan el té.

Duque ¿Eh? ¿Tú también? ¿Pero qué sucede hoy que todo el mundo viene con la cabeza vendada?

Dom. Nada, señor. Que fuí de nuevo al taller de

planchado para recoger el chaquet del señor Duque. No había nadie, estuve por allí trasteando sin encontrarle y un joven a quien también faltaba un traje y un chaleco blanco, se creyó que yo era de la casa y se enredó a estacazos conmigo, que, vamos, si no pesco a correr me deshace.

Duque Estamos frescos.

Ser. (¡Mi madre! ¡Tengo puesto el chaquet de este tío!)

Duque Pues da parte, haz lo que te parezca, pero yo no me quedo sin el chaquet. Sírvenos el té y dile al amanuense que venga y a la orquesta de cíngaros, que nos amenice el té.

Dom. Sí, señor. (Vase.)

Duq.ª Una pregunta: ¿Cuál de sus novelas le ha producido más?

Gloria Pues... verá usted; así de momento... Todas.

Duq.ª En cambio en el teatro, ha tenido usted muy poca fortuna.

Gloria Sí, muy poca.

Duq.ª Y no me explico la causa, porque tanto «Las Abejas» como «La Pavana», son dos hermosísimas comedias.

Gloria Pues ya ve usted; fueron dos gritas. Primero me zumbaron «Las Abejas» y luego me zumbaron «La Pavana». Pero no me explico la falta de curiosidad de ustedes por conocer la perla ambarina.

Ser. Claro, es incomprensible. Nada, procedamos a la entrega del testamento.

Duque Bien, pero ya le conozco. ¿No recuerda usted que a la muerte del pobre tío, nos mandó una copia simple?

Ser. Es verdad, no me acordaba. ¡Qué simple! Pero en fin, allá va. (Los billetes miau.)

Gloria Y ahora la perla. Vean, vean ustedes qué maravilla...

Duque ¡Dios mío!

Gloria ¡Qué hermosura!

Duque Verdaderamente... Tener en casa esto es un compromiso, hay que llevarla a una caja fuerte del Banco en seguida.

Ser. ¡Oh, ya lo creo! Es lo prudente.

Duque (A Gloria.) Permítame usted... Tengo capricho por saber lo que pesa.

Duq.ª Sí, sí, veamos... (Se levantan todos y se ponen alrededor de una mesita de donde se saca un pesito y se entretienen en pesarla minuciosamente, haciendo gestos de admiración.)

Cer. ¿Qué querrá el señor Duque? ¡Serrano! ¡Y mi mujer!

Ser. (A Cerrillo.) Discreción. Hemos ganado la batalla.

Gloria Castaño, mire, mire, qué peso.

Cer. Nada, no les veo ni un chichón.

Cas. (Entrando. A Cerrillo.) Estamos vengados. Lo del invernadero raya en tragedia. Los dos Serranos y su esposa de usted, yacen sin sentido.

Cer. ¡Mi madre! ¿A quién le han pegado estos tíos?

Duque ¡Ah, Cascal, hágase cargo de esto! Extienda el recibo: el testamento, la perla, ochenta mil pesetas...

Gloria No; espere un momento. ¿Trae usted el dinero, Castaño?

Ser. No. Alonso ha ido a cobrar el cheque al Banco, y...

Gloria ¡Ah, ya! Alonso, sí, nuestro secretario. Pero ¿cómo no habrá venido?

Duque Pues mala hora para cobrar, porque el Banco está cerrado.

Gloria ¡Caray, qué contratiempo! Pues nada, no extienda usted nada. Mañana ¿eh? Mañana lo traeremos ¿no?

Duque Sí, sí; es igual. (Por la perla.) Mire, Cascal; vea, Cerrillo, qué maravilla!

Ser. Como que fué Kuz, el hijo de Kant el que se la regaló a Nabopolasar.

Cer. ¿Es buena?

Duque ¿Cómo que si es buena? Vea. Toque, toque, con los dientes.

Cer. Usted primero.

Duque ¡Oh, qué finura! (Lo hace.) Toca, Marcela...

Duq.ª ¡Oh! (Se la da a Serrano.)

Cas. A ver, a ver...

Ser. Tome.

Cas. No; usted es muy dueño.

Ser. (Tocándola con los dientes.) ¡Qué finura!

Isaac (Molido y sin pasar de la puerta.) ¡Caballero!

Ser. ¡Hip! (Cae en una silla.)

Gloria Alonso. ¡Por fin! El secretario. ¡Alonso! (Lo abraza y se va con él por el foro, llevándoselo casi a viva fuerza.)

Cas. (Por Isaac.) ¿Eh?

Ser. ¡Hip!

Duque ¿Cómo? ¿Qué? ¡Señor Castaño!

Ser. Me la he tragado. ¡Agua! (Se desmaya.)

Duque ¡Se la ha tragado!

Duq.ª ¡Jesús!

Cer. ¡Atiza, qué tío!

Ger. ¡Agua!

Duque ¡Mi perla! ¡Mi perla! ¡Un médico!

Duq.ª ¡Agua! (Mutis.)

Ger. ¡Sales! (Mutis.)

Duque ¡Un médico! (Mutis)

Cer. ¡Arrea!

Ant. (Entrando.) Me ha podido.

Cas. Silencio.

Ant. ¿Qué pasa?

Cas. No era Serrano; era el secretario de ese señor. Nos ha engañado Cerrillo.

Ant. (Queriendo matar a Cerrillo.) ¡Mi madre!

Cas. ¡Calma, calma! Ya hablaremos, señor Cerrillo.

Ant. Es que. . ¡Me ha podido!

Cas. Luego, luego. Primero hay que auxiliar a ese hombre que está privado. Vamos por agua, por sales... (Mutis.) Ya hablaremos.

Cer. Sí, sales, sales... (No acierta a irse.)

Ser. Pero, ¿sales o no sales? ¡Hip! ¡Ay!

Cer. ¡Ah! ¡Ay! (Se va asustado.)

Ser. Estoy perdido. Me la he tragado, pero que de verdad. ¡Soy un estuche! Ahora, lo menos que hacen es encerrarme en la caja fuerte del Banco. ¡Ah! ¡Sí! ¡La cuenta! ¡Ya! (Guardando en el estuche la cuenta.) Menuda cuenta va a tener el Duque en el Banco. ¡Pasos! (Se postra.)

Gloria ¡Ya! ¡Vencí! ¡Soy un genio! Serrano, ¡caray! ¿Estás solo?

Ser. ¡Calla!

Gloria ¿Cómo que calle? Al notario lo he mandado al Palace. Ese asunto está ventilado.

Ser. Pues échame aire.

Gloria Pero, ¿qué has hecho?

Ser. ¡Calla! que he armado una ensalada...

Ger. (Saliendo.) ¡Agua!
Cas. ¡Agua! (Idem con Antonio.)
Duq.ª ¡Sales!
Cer. ¡Vinagre!...
Gloria ¡Pues sí que es una ensalada!...
Ser. No, no es nada; fué un vértigo; ya pasó.
Duque Se ha tragado mi perla.
Ser. No, ¿dónde estoy? Yo no. (Abre el estuche y lo cierra.) Está aquí. Fué un vahido...
Gloria Sí, sí, claro, el viaje, la molestia, tantos días embarcados... un mareo...
Ser. Debilidad, ha sido debilidad..
Dom. (Por el fondo.) El té, señor.
Duque ¡Santa palabra! (Cogiendo el estuche y guardándolo en el cajón.) Venga. No haga el diablo...
Ser. Hay que irse.
Gloria Tú verás. Y son las seis, las seis y tenemos concedida audiencia a las seis y media.
Ser. Esta la ha tomado con el ministro.
Gloria Sí; y ya no llegamos.
Duque ¡Domingo, un auto! Me figuro que irán ustedes al hotel a cambiar de ropa.
Ser. Sí; al hotel.
Gloria Si nos llevan al hotel es un compromiso, que están allí los de Honduras.
Ser. Pues que nos lleven a un sitio que tenga dos puertas.
Gloria Por más, que si... como tenemos que llevar unos juguetes a los nenes del señor ministro... que nos lleven al Bazar X.
Duque Les aguardaremos a comer.
Duq.ª A las nueve nos sentamos a la mesa.
Ser. Vendremos.
Cer. ¡Y vienen!
Gloria Si tardamos unos minutos, nos esperan ustedes sentados... a la mesa. ¿Señora?... ¿Señor Duque?
Cas. (A Cerrillo.) Me ha tomado usted el pelo.
Ant. Aunque se meta usted en el fondo de la tierra, lo mato.
Ser. (A Cascal y Antonio.) Señores... (Saludos.)
Gloria (A Cerrillo.) Hemos hecho un negocio de ochenta mil pesetas. Prepárate.
Cer. ¡Ah! ¡Vamos! ¡Y ochenta mil pesetas! ¡La muerte civil! ¡Bueno; pues sea lo que Dios quiera! (Se apodera del sable del Duque.)

Ser. Vámonos ya, Gloria, que tienen la perla falsa.

Gloria Pero, ¿y la buena?

Ser. La llevo dentro.

Gloria ¿Oyes? Los cínganos.

Ser. Es una marcha, ¿no?

Duque Sí; una marcha triunfal.

Gloria ¡Oh, qué marcha!...

Ser. ¡Qué marcha!...

Gloria (Aparte y al mismo tiempo que saluda desde la puerta con graves inclinaciones de cabeza a los que se quedan.) Serrano, te desconozco. No tienes precio. Eres una alhaja.

Ser. (Lo mismo.) Anda, ésa ya me lo tenía yo tragao. (Telon.)

FIN DE LA OBRA

Obras de Pedro Muñoz Seca

Las guerreras, juguete cómico-lírico. Música del maestro Manuel del Castillo.
El contrabando, sainete. (Décima edición).
De balcón á balcón, entremés en prosa. (Segunda edición.)
Manolo el afilador, sainete en tres cuadros. Música de los maestros Barrera y Gay.
El contrabando, sainete lírico. Música de los maestros José Serrano y José Fernández Pacheco. (Sexta edición.)
La casa de la juerga, sainete lírico en tres cuadros. Música de los maestros Quinito Valverde y Juan Gay.
El triunfo de Venus, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música del maestro Ruperto Chapí.
Una lectura, entremés en prosa.
Celos, entremés en prosa. (Segunda edición.)
Las tres cosas de Jerez, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Amadeo Vives.
El lagar, zarzuela en tres cuadros. Música de los maestros Guervós y Carbonell.
A prima fija, entremés en prosa.
El niño de San Antonio, sainete lírico en tres cuadros. Música del maestro Saco del Valle.
Floriana, juguete cómico en cuatro actos, adaptado del francés.
Los apuros de Don Cleto, juguete cómico en un acto.
Mentir á tiempo, entremés en prosa.
El naranjal, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.
Don Pedro el Cruel, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.
El fotógrafo, juguete cómico en un acto.
El jilguerillo de los Parrales, sainete en un acto.
La neurastenia de Satanás, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música de los maestros Saco del Valle y Foglietti.

Mari-Nieves, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Saco del Valle.
Tentaruja y Compañía, pasillo con música del maestro Roberto Ortells.
¡Por peteneras!, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja. (Segunda edición.)
La canción húngara, opereta en cinco cuadros. Música del maestro Pablo Luna.
La mujer romántica, opereta en tres actos, adaptación española.
El medio ambiente, comedia en dos actos.
Coba fina, sainete en un acto. (Segunda edición.)
Las cosas de la vida, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)
La nicotina, sainete en prosa.
Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)
La cucaña de Solarillo, zarzuela en un acto. Música del maestro Pablo Luna.
El modelo de Virtudes, juguete cómico en dos actos.
López de Coria, juguete cómico en dos actos.
El bien público, sátira en dos actos.
El milagro del santo, entremés en prosa.
El incendio de Roma, juguete cómico con música del maestro Barrera.
El Pajarito, comedia en dos actos.
El paño de lágrimas, juguete cómico en tres actos.
Fúcar XXI, disparate cómico en dos actos.
Pastor y Borrego, juguete cómico en dos actos.
La niña de las planchas, entremés lírico.
Cachivache, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja.
Naide es na, sainete en un acto y tres cuadros. Música del maestro Taboada Steger.
El roble de «la Jarosa», comedia en tres actos.
La frescura de Lafuente, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
La casa de los crímenes, juguete cómico en un acto.
La perla ambarina, juguete cómico en dos actos.

Obras de Pedro Pérez Fernández

Al balcón, juguete cómico.
Lola, diálogo.
Tal para cual, juguete cómico.
La primera lección, monólogo.
Las Marimoñas, sainete en dos cuadros, con música de los maestros Fuentes y Foglietti.
Los Florete, juguete cómico.
El sino perro, entremés.
El D. Cecilio de hoy, revista sevillana.
Boceto al óleo, juguete cómico.
Flores cordiales, inocentada con música de los maestros López del Toro y Fuentes.
La victoria del cake, humorada satírica con música de López del Toro y Fuentes.
La penetración pacífica, humorada satírica con música de López del Toro y Fuentes.
A la lunita clara, entremés.
A la vera der queré, sainete en dos cuadros, con música del maestro Alvarez del Castillo.
El gordo en Sevilla, sainete.
Para pescar un novio... paso de comedia.
El alma del querer, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Vives y Barrera.
La fuerza de un querer, comedia en un acto.
¡Por peteneras!, sainete en un solo cuadro, con música del maestro Calleja.
La casta Susana, opereta en tres actos, adaptación y refundición española.

La canción húngara, opereta en un acto. Música del maestro Luna.

La mujer romántica, opereta en tres actos, adaptación española.

El medio ambiente, comedia en dos actos.

Coba fina, sainete en un acto.

Me dijiste que era fea... comedia-sainete en tres actos (uno, prólogo.)

Las cosas de la vida, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)

La nicotina, sainete en prosa.

Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos.

López de Coria, juguete cómico en dos actos.

El milagro del santo, entremés en prosa.

El incendio de Roma, juguete cómico con música del maestro Barrera.

El paño de lágrimas, juguete cómico en tres actos.

Fúcar XXI, disparate cómico en dos actos.

Cachivache, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja.

Naide es na, sainete en un acto y tres cuadros. Música del maestro Taboada Steger.

La perla ambarina, juguete cómico en dos actos.

Del alma de Sevilla. (Primera colección de novelas cortas y cuentos andaluces.) Prólogo de Rodríguez Marín, de la Real Academia. Epílogo de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.—(Edición Garnier, hermanos, París; un tomo 8.º rústica, 3 ptas.)

Precio: 1,50 pesetas